

# Ilustración Artística

AÑO XXX

BARCELONA 1.º DE MAYO DE 1911

NÚM. 1.531

ROMA.—EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE MODERNO



**FANTASÍA Y REALIDAD,**  
grupo de Julio Monteverde. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

Julio Monteverde es reputado como el más ilustre de los escultores italianos contemporáneos, y para que se comprenda el alto aprecio en que sus compatriotas le tienen, bastará decir que al grupo que el adjunto grabado reproduce se le ha destinado una sala especial en la sección de Italia de la Exposición Internacional de Arte Moderno.

# SUMARIO

**Texto.**—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La flor de la Maravilla*, por Emilio de Rueda. — *La Exposición de Roma. El pabellón alemán. — Viaje del presidente de la República Francesa á Túnez. — Fiestas militares. Jura de banderas en Valencia. El II Centenario del cuerpo de Ingenieros en Madrid y Guadalajara. — El Mantellaccio. — Fiesta en la Colonia Güell. — Justicia humana (Le Glaive et le bandeau) (novela ilustrada). — Aventuras y viajes maravillosos de Juanito y Juanita*, novelita para la infancia, por Nogueras Oller. — *Inauguración del canal de la izquierda del Ebro* — Madrid. Congreso del Instituto de Derecho Internacional.

**Grabados.**—*Fantasia y realidad*, grupo de Julio Monteverde. — Dibujo de Mestres, ilustración al cuento *La flor de la maravilla*. — *Fuente monumental*, obra de Wálter Schots. — *La resurrección de la hija de Jairo*, cuadro de Alberto Kéller. — *Roma. Exposición de Arte Moderno. Pabellón de Alemania* (lámina). — *El Sr. Fallieres en Túnez* (tres fotografías). — *Valencia. La jura de banderas. La fiesta del cuerpo de Ingenieros. — Roma. Castillo de San Angelo. Exposición Retrospectiva* (cuatro grabados). — *Misa de campaña en la Colonia Güell* — Grupo de los premiados con la medalla «Benemerenti». — *El Mantellaccio* (dos fotografías). — *Una página del manuscrito del Beato de Liebana. — Monumento á los hermanos Coquelln. — El canal de la izquierda del Ebro. Madrid. Congreso del Instituto de Derecho Internacional.*

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con motivo del viaje de López Silva á la República Argentina á donde va por laureles y por pasta, y con ocasión de la próxima publicación de su libro, que será tan regocijado como los que le han precedido, deseó el autor de *Los madriles* que yo le escribiese un prólogo, y el hacerlo me trajo á parar la atención en el cuadro de la vida contemporánea madrileña que encierran esos saladísimos diálogos, esos romances, que son á la vez documento para la historia de un período.

Si hubiese alguien que tuviese la paciencia de extractar mis Crónicas, sacando de ellas la substancia de mi juicio sobre el pueblo madrileño, poco vendría á diferenciarse esta opinión de la que revelan los versos de López Silva. Y la cosa no tiene nada de extraño, porque el fondo de la labor cómica y satírica de López Silva es la observación de la verdad, aunque después la abulte la caricatura, y de la misma fuente brotaron las páginas que á veces me dicta la contemplación del gentío madrileño.

Aun cuando López Silva encuentra veneros de risa en costumbres y formas de lenguaje de la chulapería madrileña, no cabe dudar que también halla mucho que le infunde dejes de pesimismo. Al ponerse serio y escribir una sátira en forma, aprieta, que no apretará más Jorge Pitillas, y nos habla de un poblacho podrido é histérico, vivero de pícaros, hervidero de mujeres entretenidas y de randas hábiles, corte de la navaja y del organillo, donde por cada Quijote hay treinta Sanchos. Tomaría yo que hubiese algún Quijote, así fuese, como los Quijotes son siempre, excepcional.

Apuntemos, pues, la opinión de este amenísimo y gráfico escritor, entre las que votan por la decadencia, aunque quizás difiriésemos mucho en las causas y síntomas que á esta decadencia señala. Una de las tendencias que más duramente flagela López Silva, es el modernismo ó esteticismo literario. Los niños de atusada y luenga melena, rasuradas mejillas y gabán con sobrefalda, le alteran los nervios al majo de atrencillada capa y características patillas, madrileño neto de los de otra edad. No es López Silva el único que condena este tipo, blanco de la burla y de la reprobación; pero yo debo hacer constar varias cosas: la primera, que si este tipo revela la decadencia de España, revelará también, y con doble motivo, la de Francia é Inglaterra, de donde proceden sus más caracterizados ejemplares; la segunda, que este tipo escasea bastante, y, por lo mismo, no puede tener gran trascendencia social su aparición, como no la tuvo la de lechuguinos y currutacos, allá en los comienzos del pasado siglo; la tercera, que algunos poetas de los comprendidos en la censura, son realmente dignos del nombre de poetas, prescindiendo de toda calificación relacionada con lo glauco y las flores del nenúfar (porque la poesía es como el agua bendita, que absuelve los pecados), y cuarta, que tal vez los que ostentan extravagancias de vestimenta no sean los mismos que hacen los versos bonitos. Conozco señoritos con afectación modernista, que no saben lo que es un consonante. Todo ello apenas representa algo epidérmico, que no llega á la entraña.

Menos me convence todavía López Silva, cuando ve en los frailes otra señal del decadentismo que fla-

gela en su sátira, deplorando que no haya quien haga

«un obrero manual de cada fraile  
y un presidio mayor de cada tasca.»

porque justamente, en los tiempos que él y todos echamos de menos, los de los

«... varones esforzados,  
de pechos fuertes y de sangre hidalga,  
que al conjuro del santo patriotismo  
dieron á su nación riqueza y fama.»

abundaban los frailes infinitamente más que ahora. Y no sólo abundaban, sino que eran una fuerza, una influencia, algo muy nacional...

Dejando á un lado estos reparos, el retrato que de las clases populares boceta López Silva con tanto garbo como realismo, no es muy lisonjero. Aparece en él constantemente un tipo, el del chulo, que, mostrando á veces ingenuidad de niño, pertenece á las épocas de postración y á los ejemplares de humanidad inferior y degradada. La degradación del chulo va unida á ciertas pretensiones, venero inagotable de efectos cómicos, y que justamente tienden á lo que más riñe con el carácter chulesco: el honor, la caballerosidad, si se terciá, al heroísmo. El chulo de López Silva es cobarde, manso, vividor, hambro, rufián; en él ha degenerado todavía el antiguo pícaro, el alumno de la Academia de Monipodio; en la casa de Monipodio había jaques capaces de dar cuchilladas, y los chulos de *Los madriles* y *Gente de tufos*, son liebres que se desmayan ante la hipótesis de un agujero en la piel; pero les enlaza con los galanes del famoso patio sevillano el modo de entender y tratar á las hembras, á las cuales tienen dominadas y de cuyo trabajo viven. Porque estos chulos del Madrid de 1900, de una parte no niegan la ascendencia pícaresca, y de otra están extranjerizados y con vistas al bulevar exterior de París, al *souteneur de casquette à trois points*, y con frecuencia, en medio del sabor genuino, picón cual las aceitunas de los merenderos, de estos diálogos castizos, ha venido á mí, en un relámpago, el recuerdo de aquellas *chansons de la rue*, de Bruant, también reflectores de un estado del alma popular en París, tan semejante, en la nota de la abyección, al que López Silva nos presenta.

Hay, sin embargo, en medio de las analogías, diferencias cuyo recuento demostraría que en todo caben grados, y que nuestra decadencia no va tan allá como la de esos elementos bastardos de la población parisiense. Nuestro chulo no ha producido aún el *apache*. Los diálogos de Silva no son todavía las «canciones de la guillotina» que escuché en Montmartre.

Hay en los cuadros de López Silva mucha *bonhomie*, y en esa gente de tufos, notas psicológicas que el apachismo no conoce. Esa gente no es buena, pero le alhararía parecerlo; no es noble, pero aspira á alardear de cierto puntillito que sus actos sin cesar desmienten. El apache es más cínico, y se ha formado una especie de ideal á la inversa, en la ostentación de ese propio cinismo criminal. Aquí tenemos la acentuación del chulo, en el hampón, y sin embargo, ni ese hampón, sea falso mendigo, carterista, descuidero, atracador ó asesino, —tremola su delincuencia y su criminalidad como antisocial bandera, como protesta del instinto primitivo, brutal y desenfrenado, contra las civilizaciones demasiado avanzadas, cuyos goces tientan y cuyas complicaciones favorecen á los malhechores profesionales.

La gente de López Silva es fanfarrona, vanidosa, sentenciosa, y no hay nada más divertido que su original manera de discurrir. Ostentan agudeza y ese conocimiento del mundo que da la necesidad de bandearse; profesan horror al trabajo y amor á la aventura callejera, en que, á falta ya de otras más nobles, la raza sigue afirmando su anárquico instinto. Si se trata de trabajar, prefieren la mendicidad, *pintarse una cangrena á cualquier úlcera* y ganarse, sin sudor, sus treinta reales diarios á la puerta de una iglesia de la coronada villa. Tampoco sienten gran deseo de venir seriamente á las manos, por más que no se interrumpen sus baladronadas y sus frases provocativas. Todo el coraje se queda para la hembra, la chula, que, ésa sí, chorrea pendencia por los cuatro costados, y es más pronta y más sulfúrica que la pólvora y los explosivos nuevos. Ya eran tales las majas de D. Ramón de la Cruz, y las que retrata Galdós en sus *Episodios*. El pintoresco insulto, la ironía desgarrada, la invectiva quemante, forman la oratoria especial de estas bravías amazonas, tan donosamente esbozadas por López Silva.

A los «muñecos» chulos, los conocemos como si entre ellos hubiésemos nacido, después de veintitantos años de vida madrileña. ¡Se diferencian tanto de otra humanidad, la aldeana, la que, á la sombra de los castaños, danza el domingo, en los valles sombro-

sos de Galicia! ¡Qué contraste, entre este pueblo y aquel! Siempre que un amigo extranjero ha solido decirme que venía á España, le he preguntado—¿a cuál?,—porque las Españas son muchas...

Ved á las mujeres de la aldea; comparadlas á la chula matritense. Humildes, insinuantes, cautas, dulces, las gallegas rara vez se agarran del moño; rara vez se dicen atrocidades. Al contrario: su fraseo es cariñoso, su misma retórica de enojo es prudente. Las gallegas no suelen, á imitación de las coléricas chulas, disputarse á un hombre: creen ellas que es al contrario el hombre quien debe ganar á la mujer, á palos, cuando no á tiros, en las romerías. En todo el *Cancionero gallego* no encontraréis una copla alusiva al caso de un hombre mantenido por la hembra, y en la obra de López Silva abundan las referencias á tal vileza, como á la cobardía natural del chulo, una cobardía que parece tan innata como su bravuconería perpetua.

De la misma abyección que el chulo lleva consigo, deduzco yo que no es posible que el pueblo madrileño se vacíe íntegro en ese molde. Sin duda la chulapería es general en Madrid.

El modo de expresarse y ciertos rasgos esenciales se encuentran, con escasas excepciones, en la gente del pueblo que tenemos ocasión de conocer. No hace muchos días, tropecé yo con un «artista» que es un personaje de López Silva, clavado. Se dedica al arte de Apeles..., en puertas y ventanas. Sin duda, también frecuente una mijita el *sport* del copeo. Ajustamos no sé qué obra de pintura, y me puso en la cuenta doble de lo ajustado. Protesté, y, en un alarde de dignidad que estaba pidiendo á gritos la musa del autor de *Chulaperías*, gritó que él despreciaba el dinero, y me regalaba lo trabajado, no siendo esta la primera vez que hacía tales obsequios á señoras. Cuando me lo contaron, me limité á responder que estaba bien, y á dar orden de que, á la mañana siguiente, cuando volviese, se le abonase lo convenido. —Es que dice que no vuelve, respondió el inexperto fámulo. — Bueno; volverá... — Volvió, amenazando con el juzgado. — Lo dicho. — Y al otro día, casi con lágrimas, pidió que se le diese lo convenido, porque tenía cinco niños que mantener... Ni por un momento dejé yo de considerar sinceras todas las manifestaciones de aquel hombre. La primera respondía al instinto del orgullo, á un arranque hidalguesco. En la segunda, aparecía el espíritu de violencia y amenaza, frecuente en este pueblo anárquico. Y la tercer posición era la natural y sencilla, del que necesita vivir y sabe que no tiene razón y olvida fieros y gallardías quijotescas.

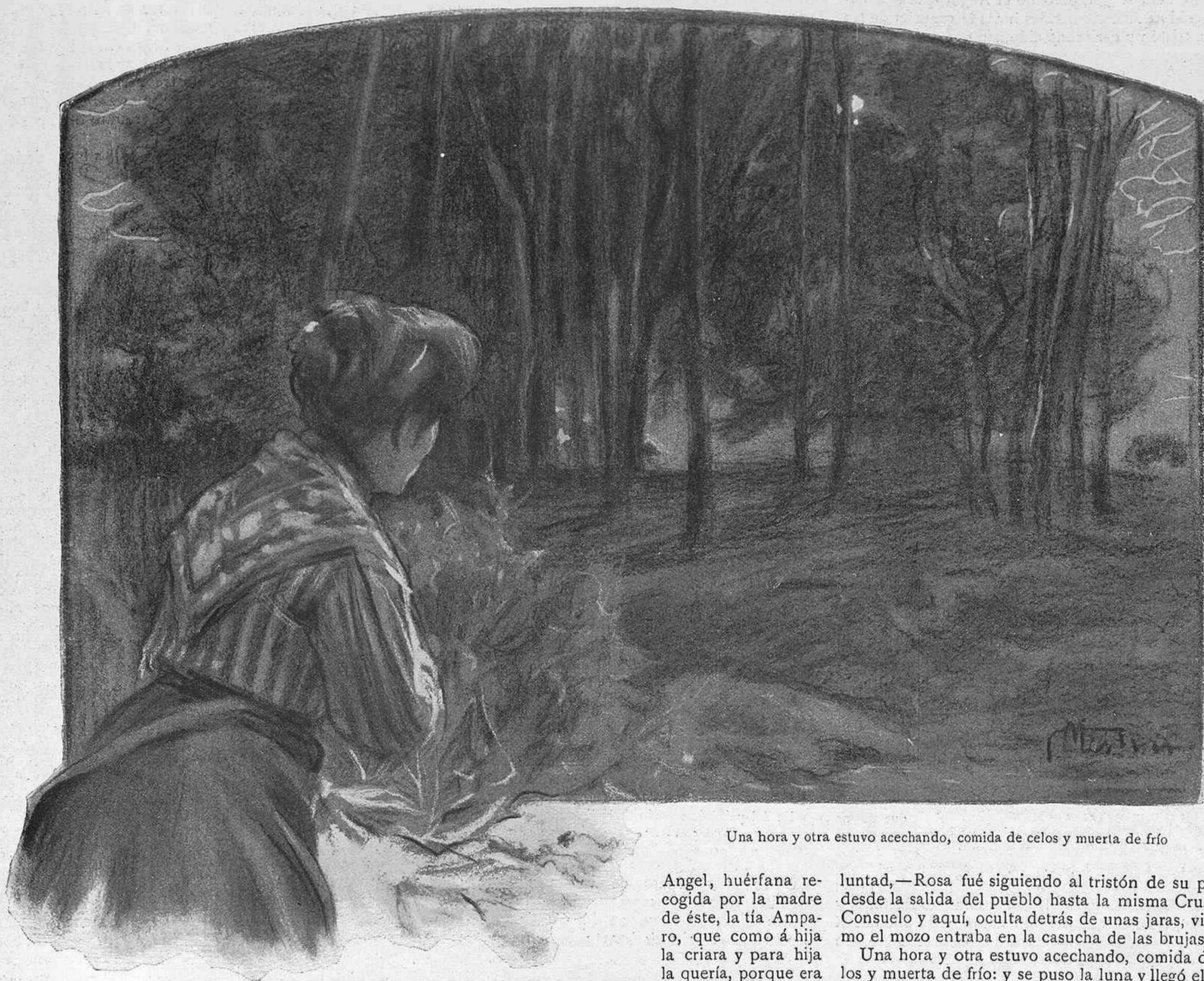
No cabe duda que en el pueblo de Madrid existen sus corrientes de honradez, bondad y caridad. Es de los pueblos más ineducados; es altanero y alabancioso; cada «artista» de esos del andamio y la brocha tiene más vanidad que podían tener Herrera ó Murillo; pero si se cultivasen sus cualidades, acaso descubriese vetas de oro puro. Su conformidad alegre y chan-cera, no es la paciencia melancólica del labriego de mi región, pero tiene algo de hermosa, como brote de optimismo, en medio de los desastres de la vida y las codicias avivadas por el espectáculo de la riqueza. Leed el divertido diálogo *Yo y el rey*, y no podrá menos de pareceros simpático el buen Mamerto Bejarano, broncista, con un jornal máximo de tres pesetas, con una afección en los bronquios para mayor recreo, y que, no obstante, se tiene por más feliz que el monarca, que Dios guarde muchos años, y no se cambia por él. La explicación es de lo más divertido que imaginar cabe, y llega casi á convencernos. Es el destino aceptado, no porque no hay otro remedio, sino porque la alegría española, el estoicismo de la raza, lo han dominado y vencido. El broncista encuentra que el rey, habituado á la buena mesa, á todas las comodidades, á todo género de regalo, no saborea ya esas gratas impresiones como las saborea él, Mamerto, al punto en que cualquier extraordinario refuerza su insípido *menú*, ó cuando logra recoger la colilla de un selecto puro. Él, en la calle, puede acercarse á la barbiana que pasa moviéndose con elástico salero, y el rey no puede; se lo impide su realeza.

«Y de libertaz, ¡no digo  
si hay diferenciencia, Marciano,  
entre uno y otro! Yo, el día  
que se me ocurre hacer algo  
de tapadillo, que sabes  
que suele ocurrir ¡pues lo hago!  
porque ande quiero voy solo,  
y no ve ningún pelmazo  
si tengo gusto en tirarme  
por el Viaduzto, y me mato...»

La independendencia... He aquí el desquite del pueblo madrileño.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA FLOR DE LA MARAVILLA, POR EMILIO DE RUEDA



Una hora y otra estuvo acechando, comida de celos y muerte de frío

*Habla el viejo pastor á las mozas del pueblo, que le rodean curiosas, tras de rogarle que les cuente una historia de los tiempos pasados. Dejan en tierra los rezumantes cántaros, que llenaron de cristal líquido en la fuente que corre junto á la Cruz del Consuelo. El viejo, mirando al espacio con distraídos ojos, gastados de haber reflejado tantas cosas, cuenta con reposada voz:*

Esto que voy á contaros, mis ojos lo vieron: hace ya mucho tiempo; pero ocurrió tal y como voy á deciroslo que, aunque parezca mentira, no hay cuento de brujas y duendes que pueda compararse á este cuento del vivir...

\* \* \*

Érase que se era un guapo mozo, del que andaban enamoradas las mejores mozas de este pueblo. Llamábase Angel. Más de una y más de dos suspiraban cuando lo veían pasar por la plaza de Romerales, derecho como un pino, con su chaqueta al hombro, su faja de seda y su calzón corto. Yo aseguro que muchas de las que hoy son vuestras abuelas soñaron alguna vez con aquel galán; que las mozas de entonces, como lo son las de ahora, eran dadas á soñar con mozos rumbosos y galanes... En esto se ha adelantado poco desde entonces...

Los demás mozos del pueblo no os negaré que le tenían un poco de envidia: más de un noviazgo se deshizo y más de un matrimonio dejó de hacerse por causa del mocito que, sin embargo—¡ahora lo reconozco!,—no tenía la culpa de que anduviesen ellas enamoradas de su buen talle y nosotros celosos de su buena suerte.

Él no hacía caso de ninguna y se burlaba de nuestros celos cuando éstos nos empujaban á buscarle camorra. Decíanos que no había nacido en Romerales la moza que tenía que cautivar su libre voluntad.

De que ello fuese así bien se dolía Rosa, prima de

linda y porque siempre quiso á Angel más que á las niñas de sus ojos...

\* \* \*

Aquí, entre estos pinos, había por aquel entonces una casucha, hecha de adobes y cubierta de ramajos, y en la casucha vivía una vieja, á quien todo el mundo tenía por bruja: la tía Remedios. Malas lenguas decían que la habían visto, en las noches de los sábados, volar por esos aires montada en una escoba y no faltó quien la viese, después de *las Oraciones*, entrar por la chimenea en la casa de alguna de las mozas que suspiraban por el cariño de Angel.

Yo, gracias á Dios, nunca creí en brujas..., pero si aquella tía Remedios no lo era, aseguro que andaba muy cerca de haber hecho pacto con Satanás...

La tía Remedios vivía sola: nadie le conocía familia ni en el pueblo ni en diez leguas á la redonda. Nadie sabía de dónde había venido aquí, á Romerales: apareció, de la noche á la mañana, en la casucha, á la que no se acercaba alma viviente..., si no era, á deshora y por fuera de camino, alguna moza á buscar alivio para el mal de amores; que la bruja dicen que tenía buena mano para arreglar esas cosas del querer...

Pues ocurrió que, lo mismo que la tía Remedios, de la noche á la mañana y sin saber de dónde había venido, en la casucha apareció una mocita, linda como unas rosas, que la bruja aseguraba que era sobrina suya. Es cosa cierta que la sobrina hizo mal de ojo al buen mozo de Romerales, porque Angel, desde que ella apareció aquí, dió en no comer y en ponerse flaco y en andar por esos montes y por esos prados, solo y cariacontecido, como quien busca y no encuentra ó como quien pide y no le dan lo que falta le hace.

Ello fué que un día ó, para no mentir, una noche, cuando brillaba la luna llena, por encargo de la madre de Angel—y yo me creo que también por su vo-

luntad,—Rosa fué siguiendo al tristón de su primo desde la salida del pueblo hasta la misma Cruz del Consuelo y aquí, oculta detrás de unas jaras, vió cómo el mozo entraba en la casucha de las brujas.

Una hora y otra estuvo acechando, comida de celos y muerte de frío: y se puso la luna y llegó el alba y, tras ella, el sol. De la casa salieron la tía Remedios y su sobrina, que tomaron el camino del monte: pero Angel, no... Entonces la Rosa, temblando de encontrarse á su primo muerto ó quizás mal herido á manos de las diabólicas mujeres, entró en la casucha y la registró de punta á cabo y no encontró ni rastro del que buscaba: sólo, en un rincón, halló un pájaro de una especie nunca vista por estas tierras, con las plumas de mil colores y el pico igual que el oro y unos ojos muy tristes, como de niño que llora, y las alas, las hermosas alas, tan azules como el cielo de mayo, llenas de sangre y rotas...

Rosa, enternecida al ver el pobre pájaro, que hacía por volar sin poder lograrlo, lo cogió con amor y lo puso junto á su pecho y le besó en los ojos, aquellos tristes ojos que parecían llenos de lágrimas... Luego, llevando consigo á la pobre ave herida, se fué hacia el monte en busca de las dos brujas, dispuesta á arrancarles el secreto de lo que con su primo hicieran. Y anduvo tras ellas, tan pronto viéndolas á lo lejos, entre los árboles, como perdiéndolas de vista, hasta que rendida, sin fuerzas para seguir andando, se dejó caer en el sendero por donde caminaba y allí estuvo, sin saber cuánto..., ¡minutos que fueron horas, horas tan largas como años!..

Allí estaba, y allí acaso hubiese muerto si el pájaro herido no hablara: que ella no conocía el monte, ni sabía por cuál senda podría tornar á Romerales... Pero el pájaro habló: habló con su pico de oro y con la voz de Angel:

—Coge esa flor blanca que ahí junto á ti se alza, dijo: frótame con ella las alas y podré volar y volaré delante de ti hasta llevarte á tu casa.

Rosa no había visto la flor, ni la viera si el pájaro herido no se la enseñara. Sólo entonces reparó en ella: era una flor humilde, de suave perfume y pétalos blancos, como de azucena. La cogió y con ella frotó las rotas alas del pájaro..., y el milagro se hizo: voló el pájaro y la niña, siguiéndole, llegó al lindero del monte, junto á la Cruz del Consuelo y aquí, con

sorpresa de sus ojos y alegría de su alma, halló al que buscaba..., porque el pájaro volvióse hombre y el hombre era Angel; pero no el Angel que ella había seguido desde Romerales hasta la casucha de las brujas, tristón y cariacontecido, sino otro, alegre y sonriente, como una alborada del mes de las flores...

\* \* \*

Y cogidos del brazo, Rosa y su primo tornaron á su casa, donde les esperaba, inquieta y acongojada, la tía Amparo... Y de allí un año se casaron y luego tuvieron un hijo, que prometía ser tan buen mozo como su padre... Y fueron dichosos...

\* \* \*

Dicen que no hubo nada de brujería en la desaparición de la tía Remedios y su sobrina, que se fueron á otras tierras huyendo del hambre y de los malos quereres: dicen que aquel día que faltó de Romerales, Angel no anduvo convertido en pájaro, sino que estuvo en el Cigarral con unos segadores y que todo aquello de las alas rotas y de la *flor de la maravilla* fué puro sueño de Rosa, que veía visiones por él... ¡Cualquiera va ahora á averiguar la verdad! Lo que yo sé de cierto es que, desde entonces, han ido muchos mozos y muchas mozas al monte de Consuelo y siempre, siempre han vuelto diciendo que allí, entre zarzas y espinos, han encontrado la *flor de la maravilla*, que algunos también llaman la *flor de la esperanza*...

(Dibujo de Mestres)

## LA EXPOSICIÓN DE ROMA

### EL PABELLÓN ALEMÁN

En el Pabellón de Alemania que forma parte de la Exposición Internacional de Arte Moderno, se exhiben, además de muchas pinturas y esculturas nuevas, numerosas y escogidas obras del período comprendido entre el año 1880 y los primeros años del presente siglo. En

total, figuran allí unas quinientas obras en las que se hallan representadas las diversas escuelas en que se divide el arte germánico: las de Munich, Berlín, Dresde, Dusseldorf, Francfort, Weimar y Karlsruhe.

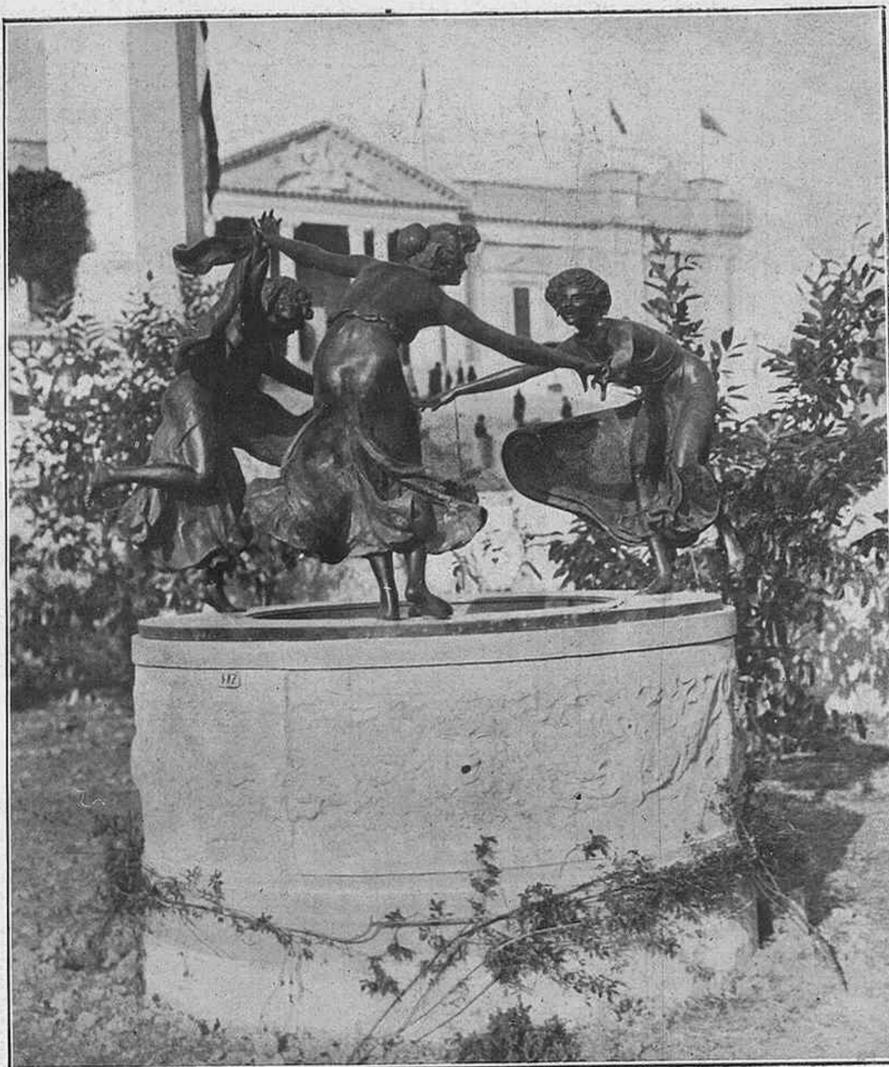
bellísima *Dama en traje negro* de Kiesel, al *Fumador* de Liebmann y al *Mux Díez* de Pankok, el arte alemán nos ofrece todas las gamas de esta rama especial de la pintura. Entre los demás pintores retratistas merecen ser especialmente citados Koner, Blos, Georgi y Sterl, que exponen respectivamente un retrato del ilustre *Menzel*, un *Joven vestido de negro*, una *Dama adornada con flores* y el retrato de un *Director de orquesta*.

En paisajes y marinas hay asimismo obras muy notables. Los prados de Brech, Volkmann, Oethoff y Frank tienen toda la poesía y toda la frescura de la naturaleza; Fernando Keller recuerda la manera de Böcklin; la *Isla de Ponza*, de Urban, es de una hermosa grandiosidad; Bartels, con su *Lavadero bretón*, nos da una nota en que palpita la vida y se admira un derroche de luz; el *País nevado*, de Reiser, la *Vista de una aldea*, de Kutles, y la *Vista del puerto de Hamburgo*, de Kallmorgen, son dignos de especial mención.

Sobresalen entre los cuadros de otros géneros la *Bailarina*, de Otón Marcus; la *Iglesia barroca*, de Gotardo Kuehl; un *Efecto de luna*, de Federico Beckert; *Un palco en un teatro*, de Arturo Kampf; y *2 de junio de 1900*, de Röchling, episodio del desembarco de fuerzas alemanas en China, cuando la insurrección de los boxers.

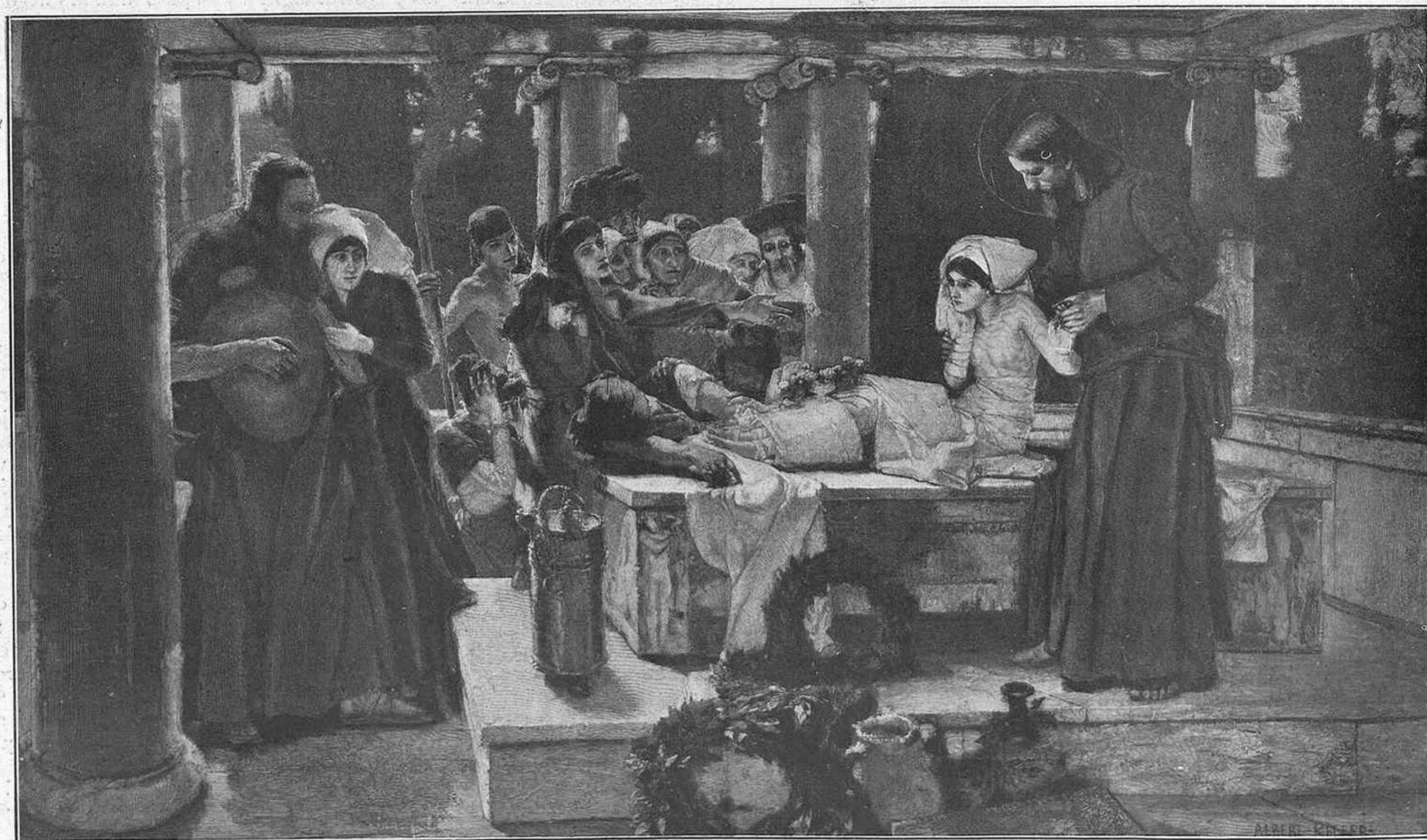
Pero lo que más llama la atención son las obras de los grandes maestros consagrados por la fama. De Stuck se admiran *Las Furias*, la *Bacanal* y las escenas del *Infierno*; de Hunger, *Madre é hijo*; de Liebermann, *Las hilanderas*; de Gebhardt, *Jesús entre los niños*; de Lehmbach, un *Autoretrato*; de Knauss, una *Madonna*; de Uhde, *Los Reyes Magos*; y de Alberto Keller, *La resurrección de la hija de Jairo*.

La visita del pabellón alemán resulta interesantísima, puesto que en él se puede estudiar con datos abundantes y acertadamente escogidos la evolución del arte germánico moderno durante los últimos treinta años, es decir, durante el período de su mayor florecimiento.—T.

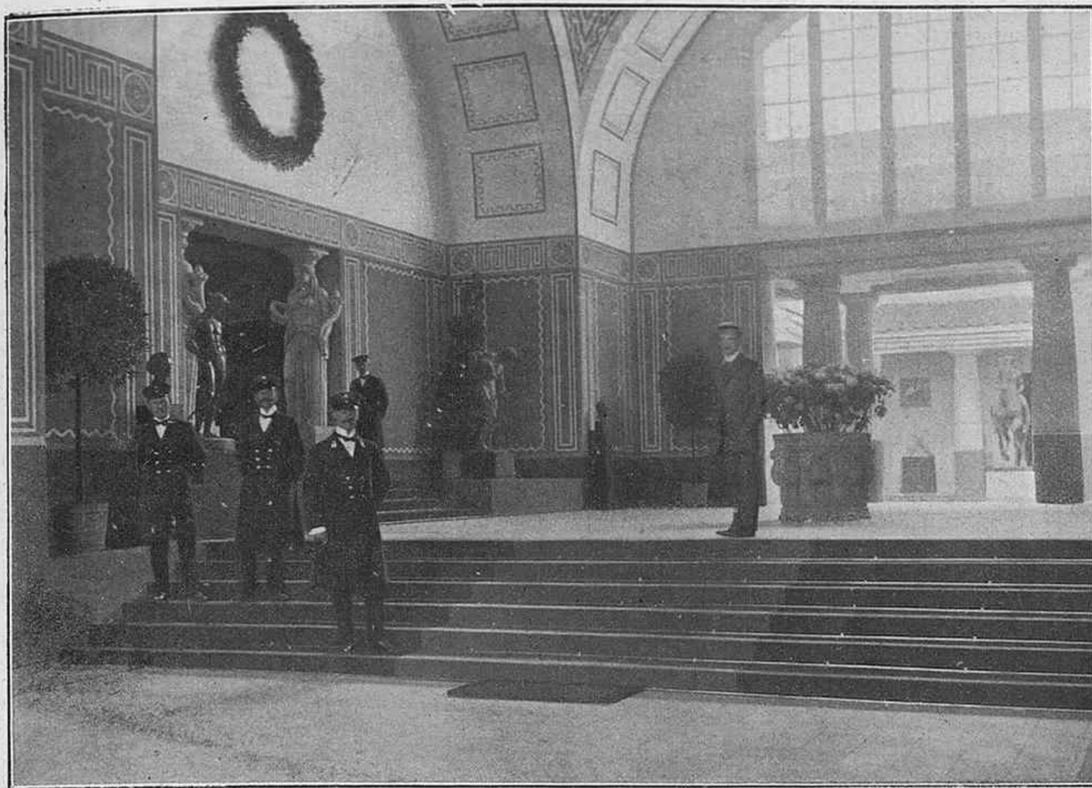


Roma.—Fuente monumental, obra de Wálter Schots que adorna el jardín del pabellón alemán de la Exposición Internacional de Arte Moderno (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

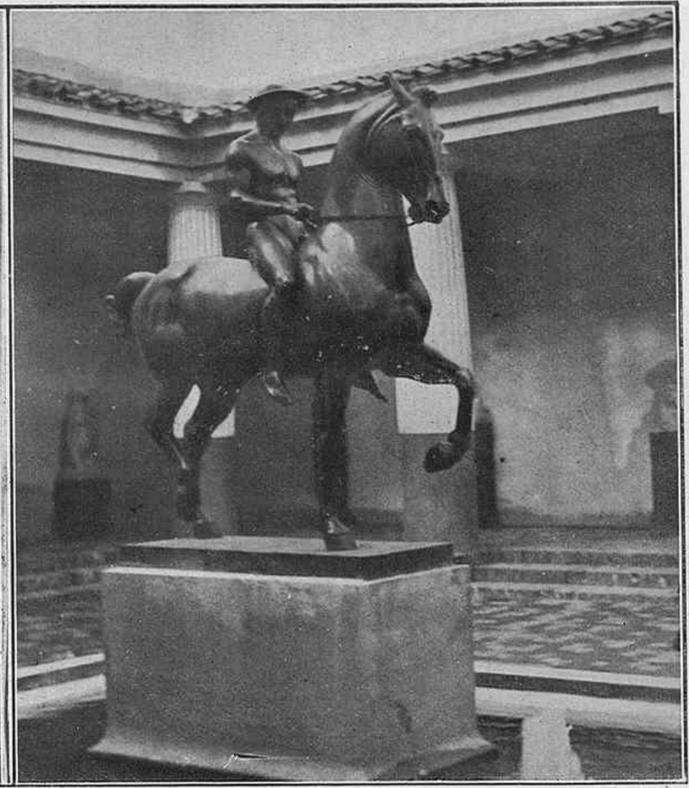
De todos los géneros de pintura expuestos en este pabellón, el que presenta obras más notables es el retrato. Desde la elegancia del *Curtius* pintado por Lepsius, al *Hombre de la capa* de Schmurr; desde la



Roma.—La resurrección de la hija de Jairo, cuadro de Alberto Keller que figura en el Pabellón de Alemania de la Exposición Internacional de Arte Moderno



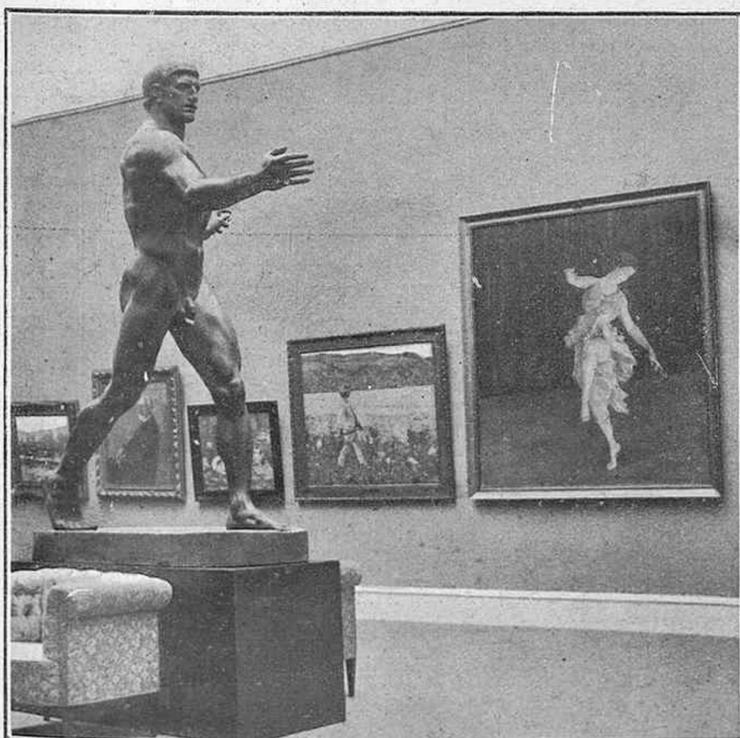
Vestíbulo y escalera de honor



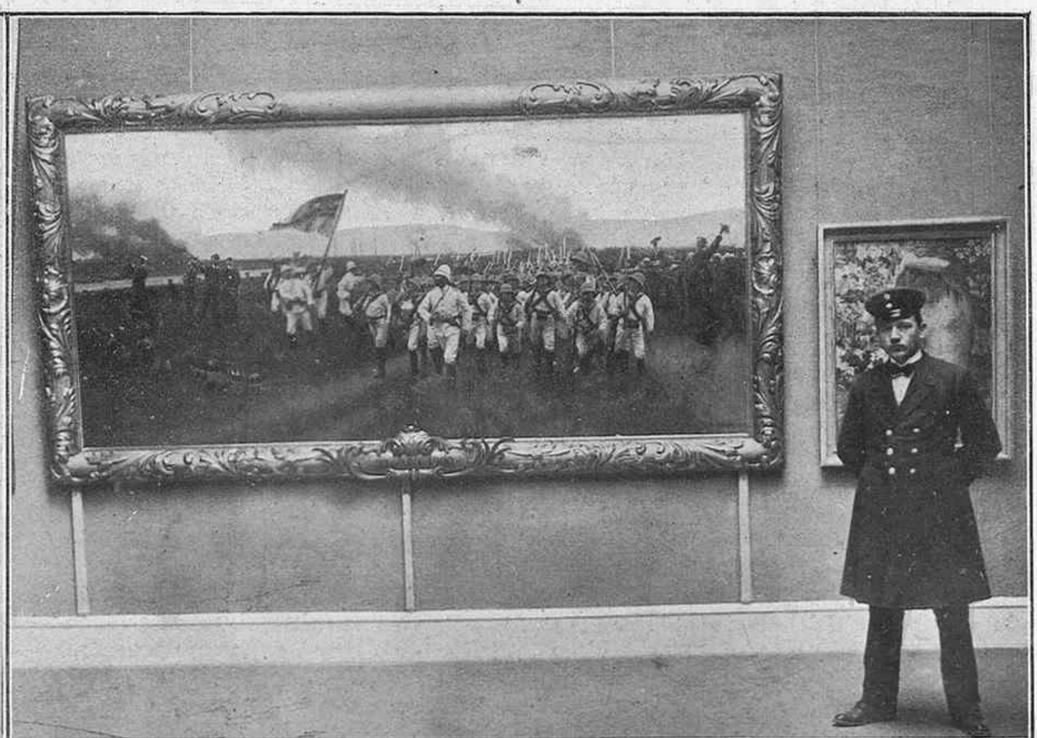
Estatua ecuestre, obra de Hahn



Obras del notable pintor Juan Bartels. En el centro, el celebrado cuadro «Lavadero bretón»



El luchador, bronce. - La bailarina, cuadro de Otón Marcus



2 de junio de 1900, episodio del desembarco de los alemanes en China, cuadro de Röchling

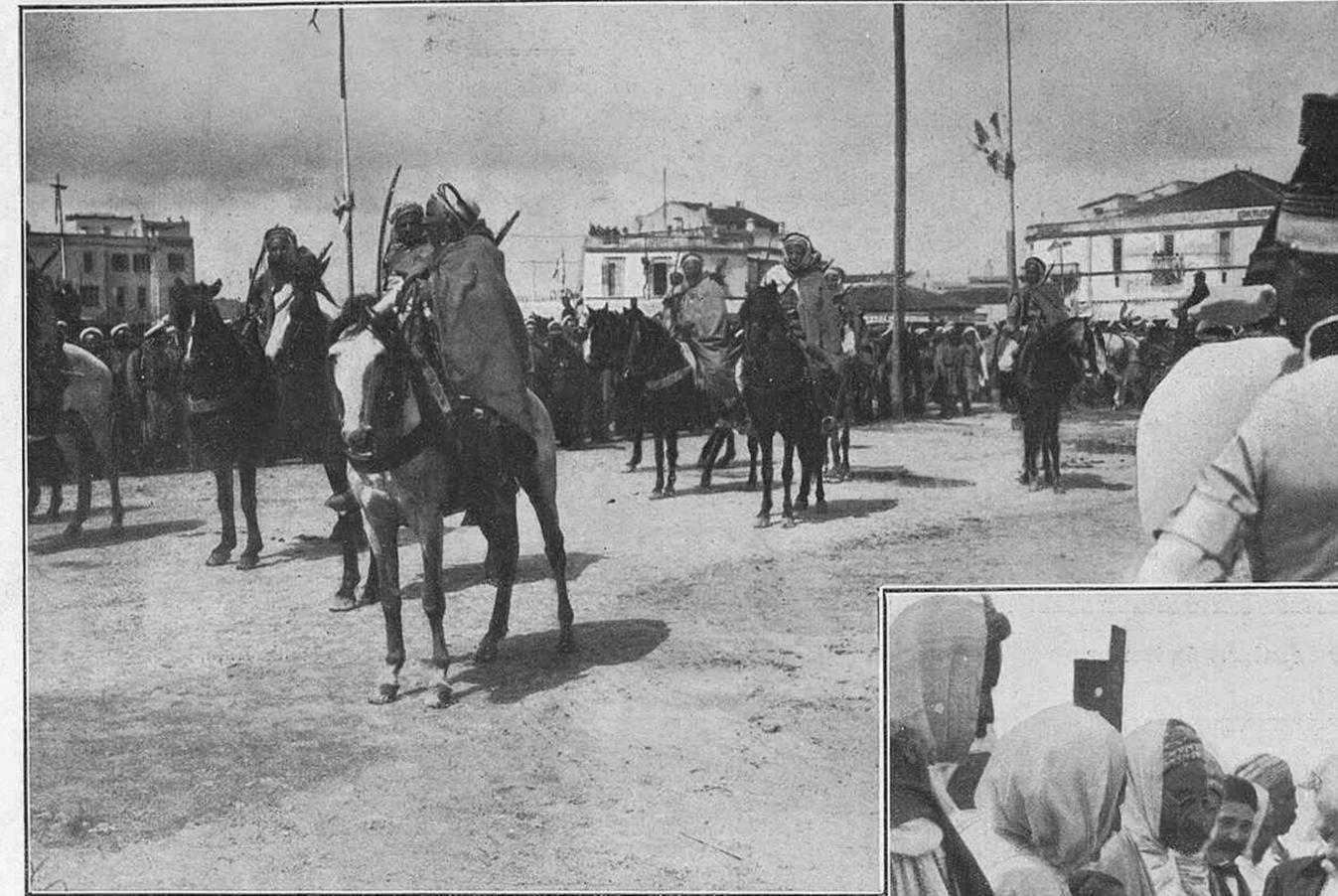
(De fotografías de Carlos Abeniácar.)

## VIAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA Á TÚNEZ. (Fotografías de Branger.)

El Sr. Fallieres, acompañado de los ministros de Marina y Agricultura y de otros personajes oficiales, ha efectuado recientemente una excursión por la regencia de Túnez que, como es sabido, se halla bajo el protectorado de Francia.

Salió de París el día 15 de los corrientes y á la tarde siguiente llegó á Tolón, embarcándose poco después en el acorazado *Verité*, que en seguida se hizo á la mar escoltado por los

de la familia beylical, visitó el interesante museo de antigüedades tunecinas. Desde la residencia trasladáronse el bey y el Sr. Fallieres al campo de Kassar Saíd, en donde presenciaron el desfile de las notabilidades indígenas y de las cofradías musulmanas, precedidas de estandartes multicolores, y el de las tropas, zuavos, infantería ligera de Africa, tiradores, spahis y guardia beylical, que, al mando del general Pistor, maniobraron con orden y precisión admirables. Terminada la revista militar, celebróse en la Residencia general el almuerzo de gala en honor del bey; brindaron éste y el Sr. Fallieres, quien, por la tarde, efectuó una excursión á la Marsa, residencia de verano de los beyes y á las ruinas de Cartago, en donde el P. Delattre, rodeado de los Padres blancos de Cartago, recibió, á la puerta de la catedral, al presidente y le hizo los honores del museo. De regreso en Túnez visitó varios establecimientos públicos y por la noche asistió al banquete que dió el bey en honor suyo.



La escolta del bey de Túnez, Si-Nacer

acorazados *Patrie*, *Democratic*, *Ernest-Renan*, *Justice*, *Liberté* y *Suffren* y por los torpederos *Chasseur*, *Tiralleur*, *Volligeur*, *Fantassin*, *Haché* y *Cavalier*.

A las primeras horas de la mañana del 18 anclaba la escuadra francesa en el puerto de Bicerta, en donde fué recibida por las escuadras inglesa é italiana y por el crucero español *Cataluña*. El bey de Túnez, S. A. Si Nacer, en el remolcador *Cyclope*, salió al encuentro de su ilustre visitante y después de cambiados los correspondientes saludos y de haber el Sr. Fallieres recibido á los comandantes de las escuadras extranjeras, el bey y el presidente embarcaron en un contratorpedero, y pasando por entre los buques de aquellas arribaron al muelle de Bicerta. El Sr. Fallieres revistó las tropas y distribuyó algunas condecoraciones; después celebróse el banquete oficial, en el que brindaron el vicepresidente del Ayuntamiento, el presidente de la Cámara de Comercio y el secretario de la Conferencia consultiva. El Sr. Fallieres pronunció un elocuente discurso saludando á Túnez en nombre de Francia y al bey en nombre del gobierno, enumerando los progresos realizados durante el protectorado francés y haciendo votos por la prosperidad de la regencia.

Terminado el banquete, un tren especial condujo al bey, al presidente y á sus acompañantes á Túnez, en donde el presidente del Ayuntamiento dió la bienvenida al Sr. Fallieres. Éste se dirigió á su alojamiento, la Residencia general, recibiendo allí multitud de comisiones.

Por la noche hubo en la ciudad espléndidas iluminaciones.

Al día siguiente, el presidente de la República hizo su visita oficial al bey y después de recibir de éste el cordón de la orden de la Sangre reservado á los príncipes



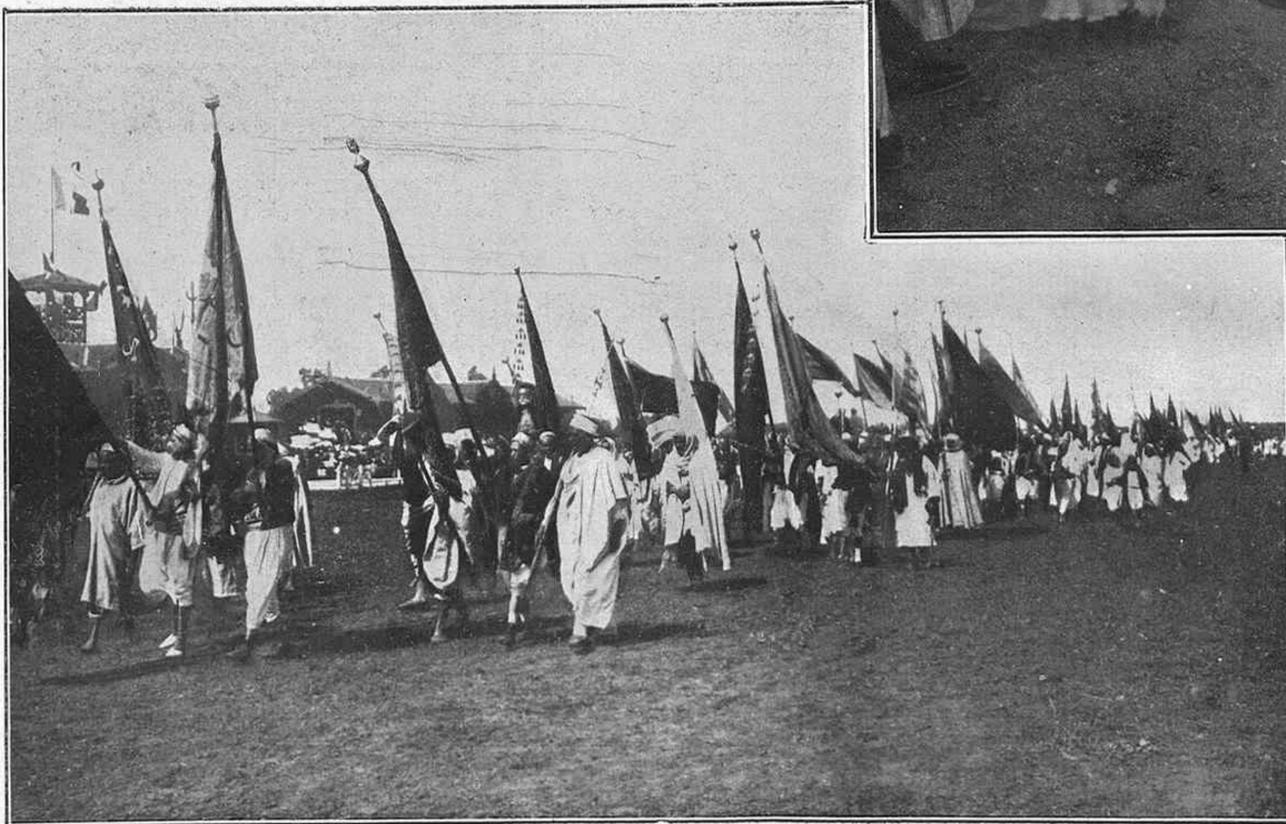
El Sr. Fallieres hablando con los caides

meharistas mandados por un oficial francés, que de distintos puntos se habían concentrado en aquella población para saludar al presidente.

El 23 visitó el Sr. Fallieres las minas de fosfatos de Metlaui; recorrió los terrenos de explotación, los talleres y el hospital para los trabajadores y asistió á un banquete dispuesto en su honor por la compañía minera, á la que el presidente dedicó grandes elogios por haber sabido hacer surgir aquel tesoro de las áridas rocas del desierto.

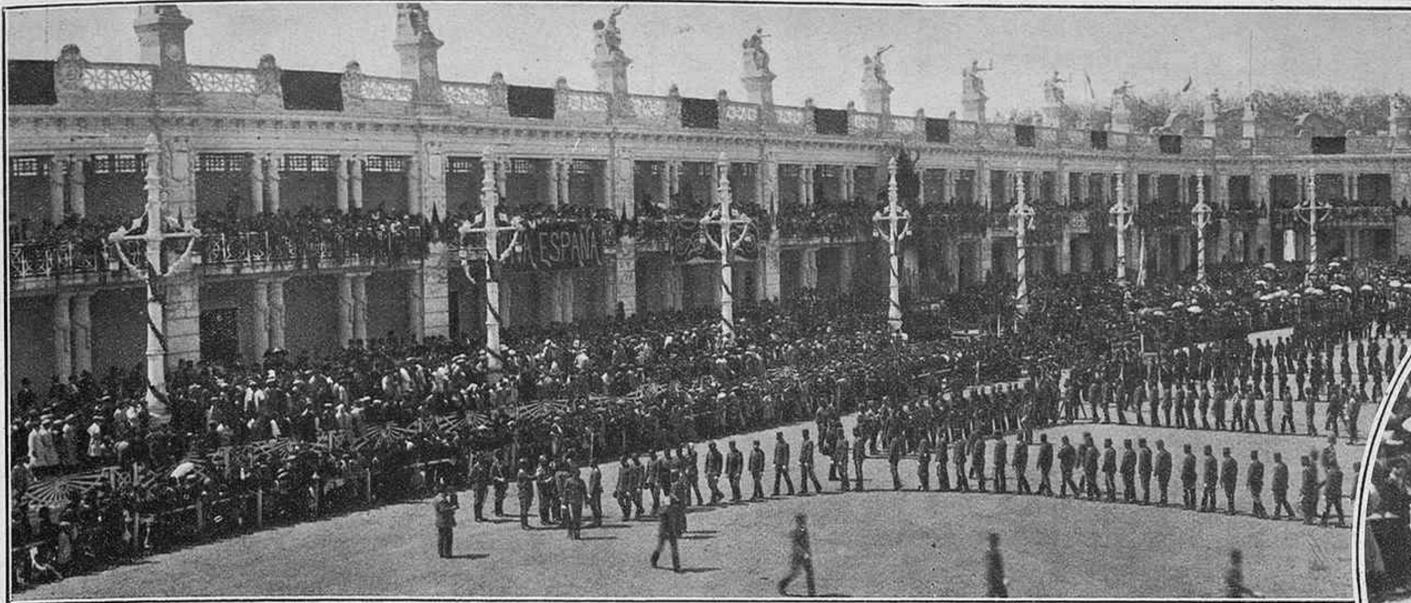
A las siete de la mañana del 24 el tren presidencial salió de Metlaui, llegando al mediodía á Sbeitla, la antigua Suffetula, en donde el señor Fallieres pudo admirar las interesantes ruinas de la antigua ciudad romana, destruida por las invasiones de los árabes. Aquella misma noche llegó el presidente á Kairuán, la ciudad santa de los tunecinos, cuyos principales edificios visitó á la mañana siguiente, emprendiendo luego el viaje de regreso á Túnez.

El 26 abandonó el Sr. Fallieres la capital de la regencia, llegando aquella tarde á Sidi-Abdalah, y embarcándose en seguida en el acorazado *Verité* que, escoltado por toda la escuadra del Mediterráneo, hizo rumbo á Francia. — S.



Desfile de las cofradías musulmanas de Túnez delante del Sr. Fallieres

FIESTAS MILITARES.—JURA DE BANDERAS EN VALENCIA.—EL II CENTENARIO DEL CUERPO DE INGENIEROS EN MADRID Y EN GUADALAJARA



Valencia.—La Jura de banderas. Aspecto de la Gran Pista de la Exposición durante la ceremonia, que se efectuó el día 23 de los corrientes

En la Gran Pista de la Exposición efectuóse el domingo, 23 de abril último, en Valencia la solemne ceremonia de la jura de la bandera. Después de la misa de campaña, juraron los nuevos reclutas, desfilando luego todas las tropas que habían

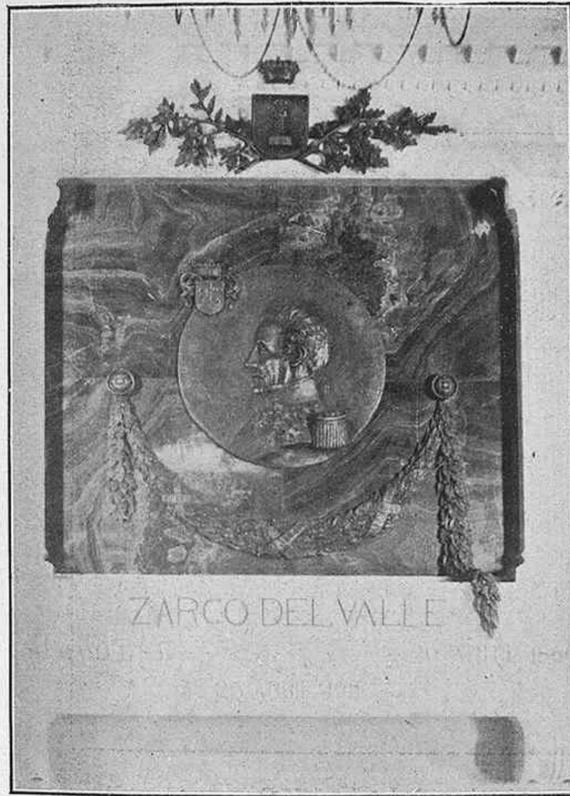
XIII y en el cuartel de la Montaña, aparte de otros festejos, se distribuyeron á las clases y soldados del cuerpo libretas de ahorro del Instituto Nacional de Previsión costeadas por los generales, jefes y oficiales. Además se inauguró en el Museo del Cuerpo de Ingenieros una lápida conmemorativa regalada por el mencionado Instituto; en aquel acto pronunciaron sentidos discursos el Sr. Santamaría de Paredes en representación del Instituto, ensalzando la idea de inculcar en los soldados el espíritu del ahorro, el general Marvá dando las gracias á los que habían asistido al acto, y el presidente del Consejo de ministros felicitando al cuerpo de Ingenieros en nombre del rey.

En Guadalajara díjose una misa de campaña, hubo fiestas populares dispuestas por la Diputación y el Ayuntamiento, y en el local de la Academia de Ingenieros se procedió con gran solemnidad al acto de descubrir una lápida dedicada á

Vallvidrera, oyendo misa de campaña en el pintoresco sitio denominado la «Font de la Teula.» Los jefes y oficiales se reunieron en fraterno banquete y á la tropa se le sirvió una suculenta paella. Por la tarde, en el cuartel de Atarazanas tuvo lugar la distribución entre las clases y soldados de libretas de ahorro del Instituto Nacional de Previsión.



Los reclutas jurando la bandera (De fotografías de V. Barberá Masip.)



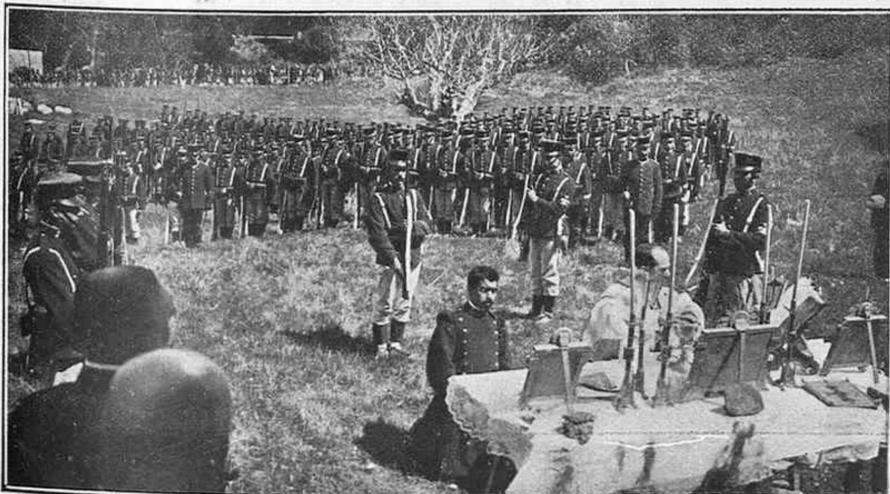
Lápida dedicada á la memoria del ilustre general de Ingenieros Zarco del Valle, inaugurada en la Academia de Guadalajara con ocasión del segundo centenario del cuerpo. (De fotografía de Asenjo.)



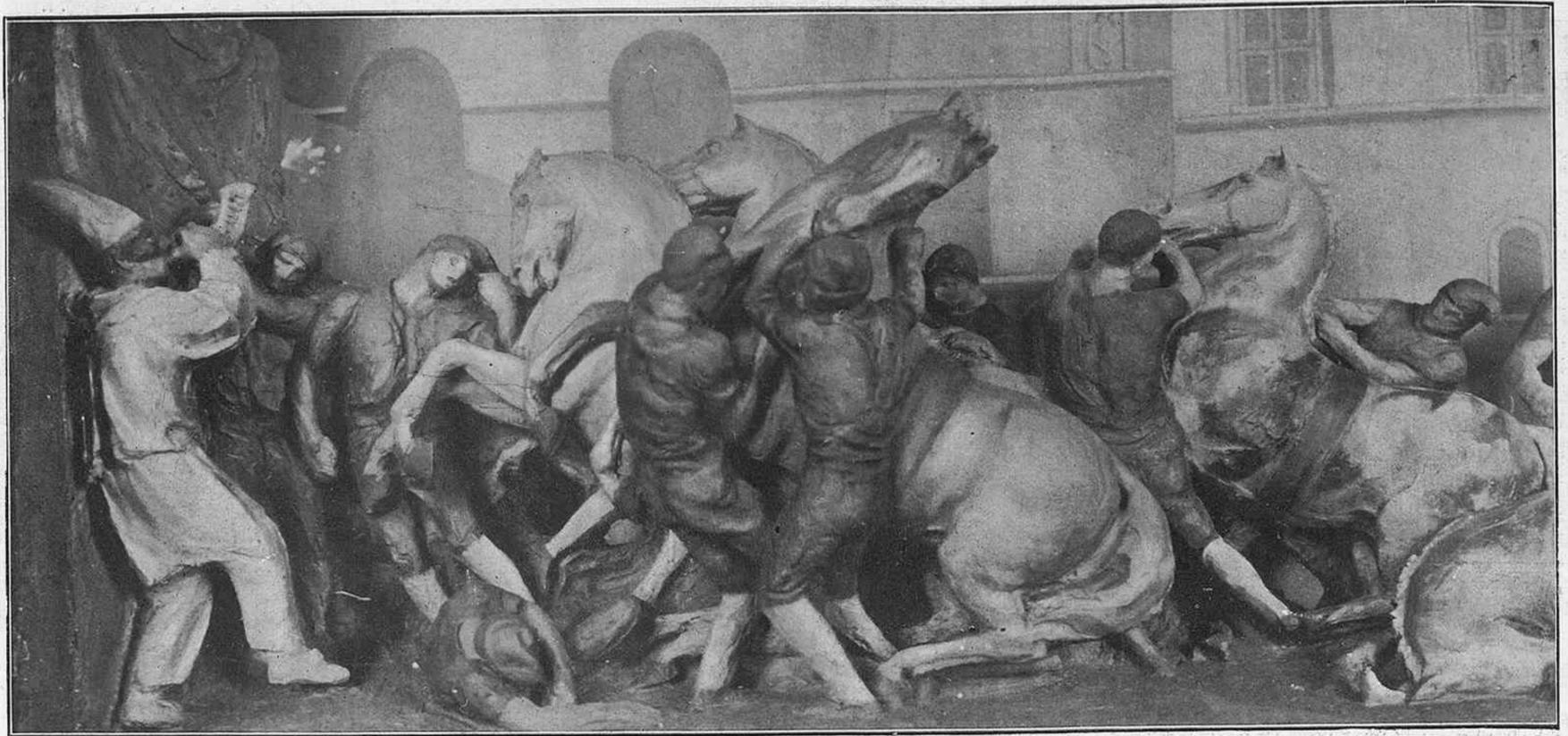
Madrid.—S. M. el rey D. Alfonso XIII en San Francisco el Grande, después de la ceremonia religiosa celebrada por el cuerpo de Ingenieros con motivo del segundo centenario de la creación del cuerpo. (De fotografía de Asenjo.)

tomado parte en el acto ante el capitán general Sr. Echagüe, entre las aclamaciones y vivas al Rey y al Ejército del numeroso y distinguido público allí congregado.

Con gran brillantez se ha solemnizado en varias capitales el segundo centenario de la creación del cuerpo de Ingenieros. En Madrid, celebróse en San Francisco el Grande una solemne función religiosa á la que asistió S. M. el rey D. Alfonso



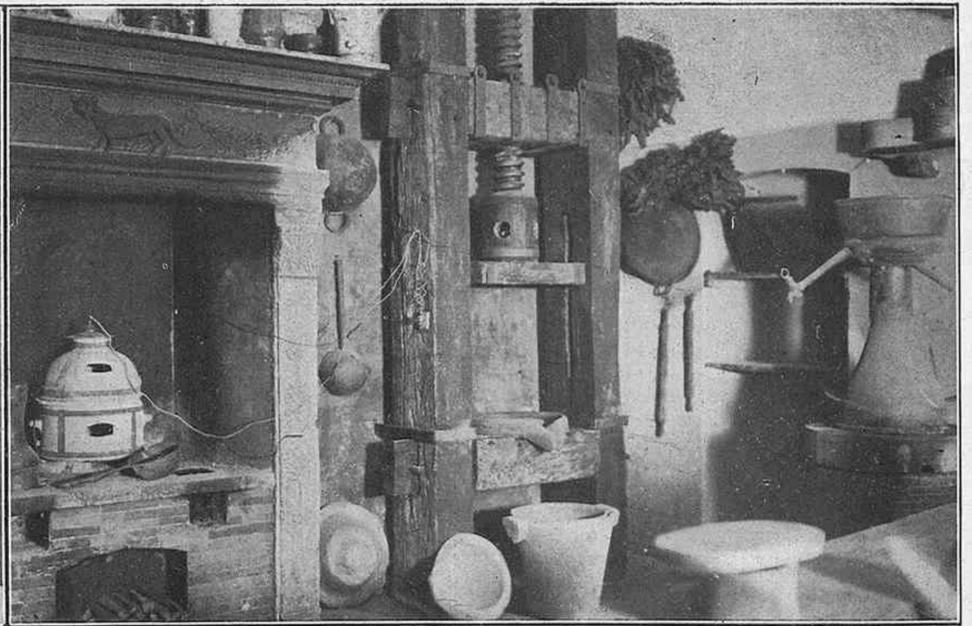
Barcelona. La fiesta de los Ingenieros.—La misa de campaña en Vallvidrera.—Distribución de libretas del Instituto Nacional de Previsión á las clases y soldados. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Alto relieve que figura en la Sección del Traje y representa el traje en 1600. La recogida de los caballos después de la carrera  
Obra de Pini



Dormitorio del Papa Clemente VII



Laboratorio farmacéutico del año 1700



Alto relieve que figura en la Sección del Traje y que representa el traje en 1700 con un cortejo de la Hacanea  
(mula blanca que todos los años regalaba el rey de Nápoles al Papa), obra de Pini

HERMOSA FIESTA EN LA COLONIA FABRIL GÜELL.—PREMIO DE UN ACTO HEROICO



Misa de campaña celebrada en la plaza de la Colonia por el Ilmo. Sr. obispo de Barcelona Dr. Laguarda



Grupo de los premiados con medalla de los «Benemerenti» concedida por S. S. Pío X á los que se prestaron á dejar arrancar pedazos de su piel para salvar de la muerte al joven obrero José Campderrós, y entre los que figuran el capellán de la colonia Rdo. don Gaspar Villarrubias y los dos hijos del Excmo. Sr. conde de Güell, D. Claudio y D. Santiago. (De fotografías de A. Merletti.)



«Il Mantellaccio» poema dramático en cuatro actos de Sem Benelli, estrenado con gran éxito en Roma y en Turín. - Acto primero. La mascarada de las Piedras Preciosas

«IL MANTELLACCIO»

POEMA DRAMÁTICO DE SEM BENELLI

Con gran éxito se ha estrenado hace poco en Roma y en Turín simultáneamente esta nueva obra del inspirado poeta y dramaturgo autor de *La cena delle beffe*.

El drama se desarrolla en Florencia, en el siglo XVI, y tiene cuatro actos. He aquí la síntesis del argumento:

la hermosa Silvia, esposa del viejo y grotesco maese Pedro, cónsul de los *Intemerati*, y su prima, la gentil Lisa, las cuales ofrecen un premio al que les diga la poesía más bella. En aquel momento invade la escena la pandilla del *Mantellaccio*, que es, al contrario de la Academia de los *Intemerati*, el grupo de los poetas renovadores, que aman la vida y buscan en el pueblo la

fente de su inspiración. Los del *Mantellaccio* toman también parte en la justa poética y uno de ellos, el *Novicio*, logra el codiciado premio que le entrega la *Esmeralda*, prometiéndole á la vez recibirle en su casa y dejarle ver su rostro. Al mismo tiempo el *Rubi* entrega al cónsul Pedro un billete dándole cita en una hostería.

*Acto segundo.* - Maese Pedro se dispone á acudir á la cita y su esposa Silvia, al quedarse sola, recibe al *Novicio*, desarrollándose entre ambos una delicada escena de amor, de amor puro, sublime, que termina despidiéndose el poeta para siempre de la dama, que será su musa, pero á la que no verá nunca más. Fuera ya el *Novicio*, aparece el *Ardiente*, otro de los *Intemerati*, que ama á Silvia y la requiere de amores en frases vulgares; Silvia le rechaza indignada y él la amenaza con matar á su rival, el *Novicio*.

*Acto tercero.* - Maese Pedro comparece en la hostería en donde le acoge *Francisca*, que se hace pasar por el *Rubi* y se dice enamorada de los versos del poeta. Este la besa apasionado, cuando de pronto suenan fuertes golpes en la puerta; son los del *Mantellaccio*, que habían preparado una cruel burla al cónsul. *Francisca* esconde al viejo en un tonel y tras varias curiosas peripecias el viejo, después de haber tenido que despojarse de algunas de sus ropas, huye precipitadamente, perseguido por los jóvenes poetas.

*Acto cuarto.* - Maese Pedro, acosado por sus perseguidores, llega rendido á una obscura calleja; á sus gritos aparece el *Novicio* que logra de sus amigos que dejen en paz al desdichado. Presentase el *Ardiente* retando á su rival á quien mata en desigual desafío. Sobre el cadáver del poeta llora Silvia y el jefe del *Mantellaccio* entona un sentido himno á su bondad y á su poesía.



Acto segundo.—El «Novicio» despidiéndose de Silvia (De fotografías de Carlos Abeniacar.)

Güell, cayó en un aljibe lleno de un líquido cáustico y en ebullición. Tan graves fueron las heridas que recibió, que los médicos consideraron necesaria la amputación de las dos piernas. El capellán de la colonia Sr. Villarrubias, á fin de evitar aquella operación cruenta y que podía poner en peligro la vida del herido, y recordando un caso análogo de otro enfermo salvado con el injerto de piel humana, ofreció la suya y aseguró que encontraría otros individuos que se prestarían á hacer lo mismo.

Efectivamente, apenas conocido el hecho, ofreciéronse al sacrificio 42 obreros de la colonia y los dos hijos del conde de Güell do:

Claudio y D. Santiago. Para la operación fueron elegidos, además del Rdo. Sr. Villarrubias, estos dos y 17 de aquéllos, á saber: Alfonso Estiltes, Cristóbal Artigas, Ramón Pons, Pablo Pascual, Tomás Guinot, Antonio Sánchez, Miguel Morena, Baldomero Pratjinstós, Andrés Esteve, José Oró, José Carreté, Ignacio Dalmau, Pedro Tutusaus, Salvador Fisá, José Montserrat, Salvador Salas y Juan Costa. Todos dieron pedazos de su piel y el muchacho Campderrós quedó curado.

S. S. el Papa Pío X ha premiado su acción heroica concediéndoles la medalla de los *Benemerenti* y para solemnizar la imposición de las mismas celebróse el 23 de abril último en la colonia una hermosa fiesta, á la que asistieron autoridades, corporaciones, sociedades obreras y distinguidas personalidades.

Nuestro sabio y virtuoso prelado Dr. Laguarda, después de rezar una misa de campaña, pronunció una elocuente y sentida plática encomiando la acción de aquellos héroes de la caridad



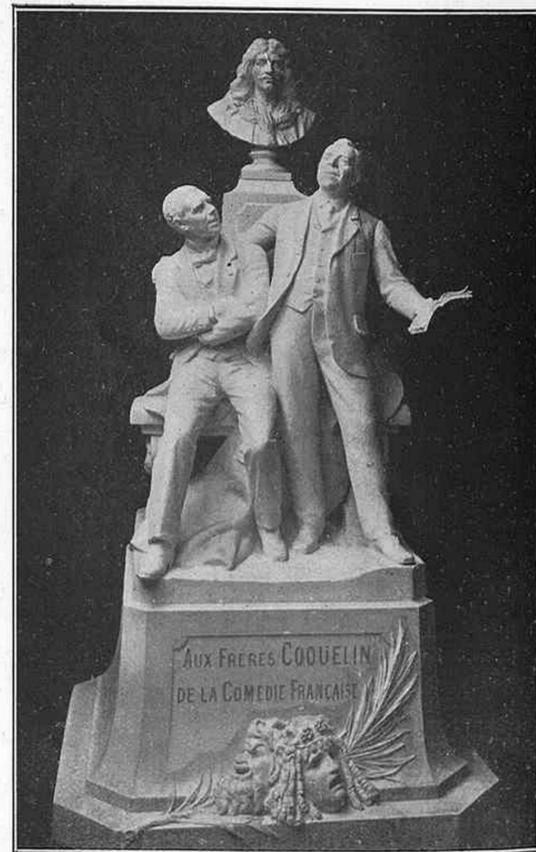
Una página del manuscrito del siglo IX «Comentarios del Apocalipsis» del Beato de Liébana, que se conserva en el Archivo de la Catedral de la Seo de Urgel y que se supuso equivocadamente vendido por 125 000 francos á un coleccionista extranjero. (De fotografía de José Claverol)

*Acto primero.* - La Academia de los *Intemerati* celebra una sesión poética. Los *Intemerati*, es decir, los *Puros*, son los poetas petrarquianos, los que rinden culto á la tradición, llevando la observancia de los preceptos hasta el ridículo, los que no transigen con la espontaneidad, con la frescura de la poesía del pueblo. Mientras recitan sus extravagantes estrofas, entra en la sala la mascarada de las Piedras Preciosas capitaneada por la *Esmeralda* y el *Rubi*, que no son otras que

HERMOSA FIESTA EN LA COLONIA GÜELL

(Véase la lámina de la página 295)

En febrero de 1905, el muchacho José Campderrós, empleado en la sección de tintorería de la fábrica del Sr. conde de



Monumento á los actores hermanos Coquelin, obra de Maillard que próximamente se inaugurará en Boulogne-Sur-Mer. (De fotografía de Rol.)

y ensalzando la obra eminentemente cristiana del señor conde de Güell en su colonia modelo y procedió luego á la imposición de las medallas.

# JUSTICIA HUMANA (LE GLAIVE ET LE BANDEAU) (I)

NOVELA ORIGINAL DE EDUARDO ROD.—ILUSTRADA POR SIMONT

I

Con la desnudez de sus paredes recubiertas de *ri-polin* gris azulado, sus pupitres y sus bancos pintados

amontonó ruidosamente. Entonces, durante algunos minutos, hubo un estruendo de voces irritadas, gruñonas, chocarreras; conversaciones zumbadoras, discusiones acaloradas, risas contenidas que se escapa-

mas, á veces rivales, que se repartían los favores de los soberanos de paso, de los ministros en el poder y de los altos barones de la *financia* internacional. Lola agitaba un abanico de su país, que figuraba una co-



De pronto, la atención de la concurrencia se fijó en otro punto: la abogada señorita Aurora Wilckenmatten acababa de entrar

de amarillo á grandes pinceladas y la viva claridad que arrojan por un lado las ventanas enrejadas y por arriba los cristales de su techo, la sala de la Audiencia de Versalles se parece á las salas de alcaldía, á las salas de espera de las estaciones secundarias, á las *permanencias* electorales, á todos los lugares vulgares en que se va á desempeñar alguna función civil ó á bregar con la administración. No hay en su construcción ni en su arreglo ningún detalle capaz de fijar y retener la mirada: es desnuda y desagradable, neutra y fea, de una fealdad sin matices, de una desnudez de la cual nada hay que decir.

Cierto día de primavera, momentos antes de la apertura de la vista, la sala de la Audiencia estaba llena de bote en bote de un público cuyo vocerío acababa de desterrar toda solemnidad. Portereros de estrados, escribanos, abogados de toga, circulaban por el pretorio haciendo resonar sus tacones, con la libertad de gentes que, en su casa, se toman toda clase de familiaridades. Hasta los privilegiados habían llegado con anticipación, seguros de que, para una causa tan interesante como el proceso Lermantes, el público se disputaría los puestos prometidos; y se habían instalado como habían podido, en la tribuna reservada á las familias de los magistrados en los bancos de la planta baja, apretados, ahogándose, sudando, respirando, secándose el sudor, á una temperatura de estufa húmeda que la ventilación de las ventanas no llegaba á atemperar. Apenas abiertas las puertas, el gentío apiñado en las aceras se precipitó en los tres *parterres* del fondo, debajo de la tribuna, en que se

ban como cohetes, papeles estrujados, pies impacientes: la marejada de un teatro cuando el telón tarda mucho en levantarse.

Había allí una extraña selección del Todo-París y del Todo-Versalles, una abigarrada mezcla preparada por complicadas intrigas, por increíbles movimientos de influencias, por incongruentes cambios de favores ó promesas; porque la curiosidad que despiertan esos grandes dramas judiciales se ha convertido en una pasión que, como todas las demás, llega siempre á sus fines. La mayor parte de los hombres eran elegantes ó correctos, con sus oscuros trajes de americana ó sus chaqués negros realzados por una flor prendida en el ojal, cuando no por la cinta ó la roseta encarnada de la Legión de Honor; las mujeres parecían bonitas con sus frescos vestidos de verano en que dominaban los tonos grises de la estación, el gris nube, el gris perla, el gris plata, el gris topo, el gris humo, bajo sus tricornos Luis XV, sus capellinas ó sus sombreros «marqués», guarnecidos de encajes, lazos de seda ó alas de pájaros. Hombres y mujeres, en su mayor parte, llevaban nombres conocidos en el teatro, en los hipódromos, en el Palacio de Justicia, en la galantería, en las letras, en los salones. Casi todos eran más ó menos célebres por sus talentos, su posición, su fortuna, sus caballos, sus alhajas ó sus amantes; casi todos se conocían, á lo menos de vista, por haberse encontrado cien veces en los puntos de reunión de la sociedad mundana.

Detrás de los cuatro bancos de la derecha, reservados á las familias de los jurados—buenos tipos de provincia ó de pueblo—se reconocía el delicado perfil de camafeo de Lola Mantilla, la graciosa bailarina española de pelo negro y grandes ojos de ascua; y, á su lado, Alina de Moncalier, menos joven, más gruesa, pero de un *chic* muy distinguido: dos amigas ínti-

rrida de toros, en colores muy vivos; y sonreía, estableciendo quizá en su cabeza de chorlito alguna comparación entre aquel espectáculo, que ella había aplaudido tantas veces, y el de ahora, cuya espera le hacía pasar su lengüecita por los labios, como si se relamiere de gusto.

Alina buscaba á alguien en la sala, y acabó por fijar su mirada en Chaussy, el terrible libelista, que designó ella á su amiga apretándole el brazo. Chaussy se encontraba entre Mario Gland—un Sherlock Holmes en pequeño, conocido por sus investigaciones que rivalizaban con las de la Seguridad,—y Juan Bogis, uno de los más hábiles representantes de la prensa judicial. Tenía una mandíbula de perro de presa, la frente abultada, una barba espesa que le cubría las mejillas, el pescuezo colorado que le formaba un grueso reborde encima del cuello de la camisa. Aquellas audiencias le prometían un triunfo: desde el principio del proceso tenía á Lermantes como entre sus colmillos, lo sacudía en sus artículos feroces, lo destrozaba como á mordiscos y arañazos. Y al fin iba á encontrarse cerca de él, en el mismo banco—el banco de los acusados, del cual habían tenido que dar la mitad á los periodistas,—tan cerca que le oiría jadear, gemir ó sollozar. Absorto por la proximidad del combate decisivo, no encontró aquella mirada de mujer que llamaba la suya. Por otra parte, el grueso Crevolá, el banquero, había tocado á Alina en la espalda, y la amiga de Lola se volvió para cambiar con él algunas palabras; el hombre comanditaba dos teatros del bulevar, varios periódicos avanzados y un cinematógrafo, sin dejar de emprender negocios en los cinco continentes; era enorme y horrorosamente feo, con la carrillada colgante, el cutis grasiento, las manos eczemáticas; pero podía tanto, que nadie le negaba nada. Tenía á su lado al barón Valéns, otro pode-

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

roso: el corresponsal de un gran periódico extranjero, tan viejo, casi tan gordo, pero más esmerado que Crevolá en el cuidado de su persona; llevaba patillas teñidas de amarillo, y su escaso cabello alisado sobre un cráneo accidentado por una lupia; vestía como un joven, ostentando una rosa encarnada en el ojal de su americana gris claro, una pesada cadena de oro sobre un chaleco blanco y un diamante en su corbata encarnada.

Una hilera de mujeres guapas, habladoras, risueñas, pizpiretas, los separaba de Lavenne, el dramaturgo, que se levantó para contestar á una seña de Juan Bogis y durante un momento dominó la sala con su figura inteligente y estragada. Lavenne se encontraba entre Lavancher, el tasador (1) *dilettante*, hombre de mundo, Mecenas á ratos, propugnador de las formas más exasperadas del arte, y Domingo Proz, el pintor mundano—un hombrerito con cabeza de hurón—cuyos cuadros alusivos avivaban en cada Exposición anual la curiosidad del vulgo.

En la otra mitad de la sala, detrás de los bancos de los testigos, los tres hijos de Lionel Lermantes se apretaban uno contra otro, inmóviles; las arrugas de las angustias prolongadas cruzaban aquellos jóvenes rostros, ajados por la ansiedad, humillados por la duda y la vergüenza. Pablo, el menor, era el único que trataba de hacer frente á la tormenta; los otros dos sólo pensaban en ocultar su dolor. Renata estrechaba de vez en cuando la mano á Rolando, como para pedirle fuerzas; entonces su hermano mayor, que se hallaba cabizbajo, alzaba los ojos hacia ella, con una emocionante expresión de ternura y de piedad. Su tío, M. Marnex, los separaba de sus vecinos. Había hecho todo lo posible á fin de impedir que vinieran, invocando las conveniencias ó la salud de Renata, ó sosteniendo que su presencia quitaría á su padre las fuerzas que necesitaba. Los tres habían contestado:

—¡No, no le abandonaremos, le daremos ánimos!

Marnex no había tenido más remedio que resignarse á acompañarlos. Muy calvo, coloradote, taciturno, ceñudo, con la cabeza metida en los hombros, no sabía disimular el mal humor que le causaba verse observado, y adivinar que en la asistencia se le nombraba:

—... ¿El cuñado de Lermantes?... ¿El marido de su hermana?..

—No, el marido de la hermana de su mujer... Jefe de negociado en el ministerio del Interior.

Por casualidad, sin duda, la esposa del principal testigo de cargo, madama d'Entraque, se había sentado detrás de él. Llevaba un velo que le medio cubría su hermoso rostro serio, un vestido de tul negro á pliegues, apenas aclarado por las solapas negras y azules del cuerpo; un sombrero, negro también, sin más adorno que un simple lazo de cinta azul. A pesar de la discreción de su traje, su presencia llamó la atención. Madama de Lusenev, sentada dos bancos más lejos, la designó con su impertinente, preguntando á su vecina, madama Languard, esposa del célebre abogado de este nombre:

—¿Por qué ha venido á sentarse ahí?

Madama Languard—una hermosa mujer, muy elegante—no lo sabía; pero le encontró «el aire encogido.»

—¡No es extraño!, exclamó la señora de Lusenev poniendo la mayor sordina posible á su voz excesivamente fuerte. ¡Considere usted que les unía una gran amistad... casi íntima! A d'Entraque le costó mucho trabajo creerle culpable.

—¿Sabe usted que al principio de la instrucción trató de salvarlo?... Y luego se retractó...

—¡Dios me libre de tener que declarar jamás contra alguno de mis amigos... ó simplemente contra alguno de mis comensales!

Y la buena señora, que todo lo reducía á su salón, se echó á reír francamente.

—¡Eh!, ¡eh!, dijo madama Languard, no se puede decir: ¡de esa agua no beberé!..

El Sr. d'Entraque estaba sentado en el banco de los testigos. Tenía á lo menos veinte años más que su mujer; sin embargo, presumía de buena figura y apasionaba su talle en una apretada levita gris. De facciones acentuadas, nariz grande, pelo gris, cortado al rape y bigote cano, con las puntas rizadas hacia arriba, tenía el aspecto sólido de un hombre de *sport*, altanero y poco comunicativo. A su lado, los dos sobrinos de la víctima, los hermanos Chambave, examinaban la sala y se inclinaban de vez en cuando á su oído para preguntarle nombres. Una vieja, en traje y gorro negros, que miraba á todas partes con espantados ojos, los separaba de Horacio Charreire, el amigo de la infancia de Lermantes, al que aportaba

el apoyo de su confianza y de su autoridad. Le miraban mucho: los dos primeros tomos de sus *Orígenes de la Reformación* acababan de poner en boga la historia sintética y de valerle uno de esos éxitos que proyectan á un escritor á la primera fila de la celebridad; pero, si su obra era entonces muy leída y muy discutida, su personalidad seguía siendo poco conocida, porque vivía retirado: muchas y muchos de los que se acaloraban en pro ó en contra de sus ideas le veían por primera vez. Era bajo de estatura, muy flaco, con la cara enteramente afeitada, expresiva y móvil, la frente curiosamente trabajada y los ojos magníficos. Permanecía apoyado en su bastón, en una actitud que lo aislaba, sin preocuparse del público, como si se encontrase en su gabinete de trabajo, dando vueltas en su cerebro á una idea difícil de fijar. Madama de Lusenev, cuyas invitaciones había declinado, se levantó para examinarlo, lo estuvo mirando largo rato con los lentes, y, aunque no había llegado á verlo más que de espaldas, concluyó:

—¡No hay duda; parece insociable!

Los bancos siguientes estaban ocupados por los demás testigos, tenedores de libros, peritos, médicos, guarda cotos, agentes de policía, criados: el diverso personal que reúnen esas grandes catástrofes de la misma manera que un torbellino mezcla, al llevarse las, hojas de árboles de toda clase de esencias, que caen al suelo nuevamente revueltas y que otra ráfaga viene á dispersar.

La señora de Lusenev era habladora sin la menor malicia. Culta y fina, se preciaba de recibir bien, de atraer á su casa á mucha gente conocida, de saber todo lo que se decía y todo lo que pasaba. Sin embargo, era bastante cándida y tomaba por moneda corriente las habladurías más fantásticas. Llevaba su «diario», como los hermanos Goncourt, á fin de legar á la posteridad los chismes de los salones y del mundo literario. Así es que, entre sus comensales, unos ponían cuidado en lo que decían, con la prudencia del que hablase en el fonógrafo de la eternidad, al paso que otros misticaban lo porvenir contándole historias imaginarias; y éstas eran las que ella anotaba en sus cuadernos. En aquel momento se agitaba distribuyendo noticias confidenciales procedentes del Palacio de Justicia ó de los ministerios. Pero tales noticias ya no interesaban á nadie: tan próximas á saber al fin la verdad, las gentes se cansaban de aquellas noticias fabulosas con que los periódicos, los salones, los gabinetes y los cafés abusaban de ellas desde hacía tantos meses.

Daisy Tyndall, la novelista servia que se ilustraba en París bajo un pseudónimo inglés, era la única que se volvía hacia ella para escucharla con complacencia. Y es que contaba con la casualidad de aquel encuentro para hacerse convidar con su protegido, el pequeño Juan Toma, un muchacho pálido, macilento, gesticulante, cuya cabeza redonda surgía de un cuello de camisa alto y tieso, y que parecía el mono familiar de aquella imponente matrona. Ambos adoptaron una actitud atenta cuando la buena señora evocó el recuerdo de los grandes procesos que había seguido: el del cabo Geomey, tan pronto despachado, en que el abogado defensor, Henri Robert, debutó de una manera tan brillante; los del misterioso Prado, de Eyraud y de Gabriela Bompard; el de la pareja Fessayrou.

—¡Los fastos del crimen!, murmuró Toma.

Detrás de ella, dos versalleses, el conde d'Avoise y el barón Choffart, deploraban la indulgencia que los jurados, los magistrados y el presidente de la República muestran con los criminales. El primero, realista, descendía de una antigua familia de la Saintonge; el segundo, biznieto de un intendente militar ennoblecido por Napoleón, profesaba las doctrinas plebiscitarias. Ambos vivían estrechamente con los restos de sus fortunas. Les gustaba encontrarse para criticar los tiempos presentes:

—¡Ya verá usted, dijo Avoise; si por casualidad condenan á éste, ya verá usted cómo no lo ejecutan! Choffart replicó meneando la cabeza.

—¡Ni siquiera lo enviarán á la Guayana; debe tener amigos en el poder!

En los *parterres*, debajo de las tribunas, el público anónimo era tan compacto, que no se hubiera podido meter un alfiler entre aquellos apretados cuerpos. Era un gentío ávido de emociones, ardiente en perseguirlas, paciente en acecharlas; acababa de permanecer largo rato, como un enjambre, delante de la puerta, al sol; y ahora esperaba en aquella estufa, sin náuseas, y hasta con cierta alegría, como en una franquachela, sudando y sufriendo apreturas. Más homogéneo que el sentado en los bancos de enfrente ó en la tribuna de encima, ofrecía quizá un vago parecido con los coros que acompañaban á las peripecias de la tragedia antigua. Podía preverse que las seguiría en un sentimiento colectivo en que se absorberían los

matices individuales: por las reflexiones que se escapaban, se le adivinaba más hostil que favorable al acusado.

Prodújose un ruido cerca de la puerta. Era Montjorat que entraba: el gran Montjorat, el ilustre intérprete de los papeles que Lavenne cortaba á su medida, adaptándolos á su figura, á su voz, á sus medios y á su tipo. Los artilleros de guardia se atrevían á cerrar el paso. Su voz pregonó su nombre con tal confianza que los guardias, subyugados, se apartaron con respeto. Él avanzó, á paso de teatro, molestó á veinte personas y clamó:

—¿Qué es eso? ¿No hay sitio? ¿Está ya todo ocupado?... ¡Como en tus estrenos, Lavenne!.. ¡A ver!..

Lavenne tuvo que incrustarse en Lavancher para hacerle puesto á su lado: aunque se enviaban de vez en cuando injurias á través de la prensa, ó alguna citación judicial, afectaban una amistad que París aceptaba sin creer en ella, con esa complacencia escéptica y bonachona que consagra tantas ficciones del mismo orden. Su voz volvió á resonar un instante en medio del murmullo general:

—¡A ver! ¿Qué pasa aquí?... ¿No se empieza?... ¡Amigo, ya sabes que he faltado á tu ensayo!

—Yo también, ya lo ves.

—¡Tú!, tú puedes permitirte ese lujo: eres menos necesario... ¡En fin, que allá se las arreglen como puedan!

De pronto, la atención de la concurrencia se fijó en otro punto: la abogada señorita Aurora Winckelmatten acababa de entrar, encantadora, peinada á la griega bajo su birrete profesional, arreglada con un arte exquisito, mediante una ligera capa de polvos de arroz sobre un poquito de colorete, y un asomo de de ojeras al carbón. Sus colegas se apresuraron á hacerle sitio en su banco. Ella les dió las gracias con una sonrisa, tan graciosa, tan bonita con su alzacuello blanco, que exhalaba efluvios de juventud, como se desprende grato aroma de una hermosa flor, flotando en la triste sala. Aquellas dos entradas cambiaron por un momento el humor de la asistencia. Esta mostróse luego menos cohibida habló más alto. Los que se reconocían, se hacían señas. Y había algo de doloroso en aquella jovialidad, en aquella animación, en aquella curiosidad sonriente que envolvían la angustia del pequeño grupo de los jóvenes afligidos.

La mayor parte de los espectadores acababan de almorzar en los restaurantes de la ciudad, como se almuerza un día de *vernissage* (1). Muchas mujeres, de las que comen en todas partes, habían traído cerezas, fresas y albaricoques, que ofrecían á los circunstantes con graciosas sonrisas, y todos seguían haciendo comentarios y pronósticos. Unos auguraban la condenación, y la esperaban quizá.

—¡Como ejemplo!, dijo muy seriamente Crevolá.

—Y luego sería mucho más emocionante, añadió Lola Mantilla.

Otros preveían la absolución:

—Porque no hay ninguna prueba jurídica, argüían; ni una sola.

A lo cual los primeros contestaban:

—Hay presunciones formidables, sin hablar del testimonio de Entraque.

—Falta saber si lo mantendrá.

Hacía meses que se repetía lo mismo, sin fatiga, conservando cada cual sus posiciones. Valéns, que se había vuelto para saludar á Proz, empezó:

—Dicen que el jurado de Seine-et-Oise...

Proz le interrumpió, lanzándole, por encima de los sombreros de las elegantes mujeres que les separaban, esta frase:

—Cuando asesine usted á alguien, procure hacerlo en otro departamento.

—Es una precaución que he tomado siempre, contestó el otro, sin pestañear.

Las elegantes se rieron, empujándose. Luego se callaron bruscamente: los jurados acababan de entrar é iban ocupando sus puestos.

Algunos de ellos eran versalleses, pero la mayor parte eran de otros distritos municipales. Salvo un par de excepciones, desempeñaban sus funciones por primera vez, y las abordaban con una seriedad muy grande, tan inquietos como orgullosos del poder de que se hallaban investidos, poder que, al engrandecerlos á sus propios ojos, les inspiraba sordas aprensiones. Este sentimiento común prestaba á sus fisonomías diversas como una tonalidad general; de modo que se parecían entre sí, como soldados bajo un mismo uniforme. A primera vista, no parecían altos ni bajos, ni flacos ni gordos, ni ricos ni pobres, y su grupo figuraba simplemente una colección mediana de ejemplares humanos esparcidos ó comunes.

(1) Nombre dado en Francia á la apertura previa de las Exposiciones de Bellas Artes, que se hace para que los pintores puedan barnizar sus cuadros el día antes de la inauguración oficial. — N. del T.

(1) *Commissaire-priseur*, tasador, funcionario público encargado de apreciar los objetos vendidos en pública subasta. — N. del T.

Apenas se distinguían las diferencias de sus trajes; ni siquiera se notaba apenas que uno de ellos, el pintor Mortara, vestía con cierta excentricidad. Las deformaciones profesionales se borraban también: necesitábase un regular esfuerzo para reconocer, á distancia, las manos laboriosas y las manos ociosas, los rostros más inteligentes, más finos ó más brutales. Casi al mismo paso, casi con el mismo balanceo de cuerpo, entraron y tomaron asiento en sus sillas, que había habido necesidad de apretar para hacer sitio á los dos suplentes. En realidad, no eran ya burgueses, comerciantes, agricultores, funcionarios públicos ú oficiales; eran hombres, simplemente; hombres que se disponían á desempeñar una función terrible con esa mezcla de clara percepción y ceguera, de indolencia y rutina, de escrúpulo y ligereza, de preocupación y de libertad de espíritu, sin la cual la acción nos sería imposible. Sin embargo, sus caras se diferenciaron al animarse.

El orden del sorteo había designado á Mortara para jefe del jurado. Aunque era poco aficionado á sacrificarse, el pintor no tenía intención de substraerse á su obligación, pues era de los que hacen siempre lo que están llamados á hacer como hombres. Erguía, pues, en el primer puesto del lado del tribunal, su busto vigoroso, su cabeza fina á la que servían de marco una cabellera prematuramente plateada y una ligera barba rubia que caía en dos puntas del mento bien delineado. Como de costumbre, llevaba la chaqueta verde oscura con cuello de terciopelo, abrochada hasta arriba, de que hacía él una especie de uniforme. Estaba dotado de un espíritu firme, sin complicaciones: más acostumbrado á observar las cosas que á observar á los hombres, se disponía á transportar á un dominio nuevo para él aquella visión clara y directa, aquel sentido exacto de las proporciones, aquella parte de intuición que daban á su arte un carácter tan grande de precisión, de naturalidad y de verdad. Sus ojos, habituados á ver bien, buscaban ya en la sala figuras susceptibles de proporcionarle una primera impresión: se fijaron en Renata y en sus dos hermanos, que adivinó por su dolorosa actitud. Les examinó un instante, y se inclinó hacia su vecino, murmurando:

—Los hijos están ahí... ¡Qué calvario!

El vecino contestó:

—¡Hubieran hecho mejor en quedarse en su casa!

Era el farmacéutico Condemine, inventor de las *Pildoras depurativas Reales* que empezaban su fortuna á fuerza de reclamo: una columna de reuniones públicas, candidato probable en las futuras elecciones legislativas. Llevaba una barba en forma de abanico, que se complacía en recoger en su mano gorda y blanca, cuyo dedo meñique ostentaba un diamante. Habiendo desempeñado, años atrás, las funciones de presidente del jurado en una causa oscura, hubiera deseado volver á presidirlo, para pronunciar el veredicto con su sonora voz de barítono, puesta la mano sobre su conciencia. Al negarle aquella satisfacción, la suerte ciega no le había destinado más que el segundo puesto: sin embargo, esperaba dirigir las deliberaciones de sus colegas inexpertos. Con el puño derecho sobre el pupitre, la cabeza levantada, la barba hacia adelante, majestuoso como la Justicia en persona, procuraba dar á los espectadores la sensación de importancia. Habiendo alzado los ojos hacia la tribuna, reconoció en ella á madama Nudrit, la esposa del juez de este nombre y otras señoras de sus clientes: entonces su majestad redobló. También distinguió entre el gentío á su vecino, el joyero Sellier, que le miraba, y le dirigió una pequeña seña con la cabeza y los ojos, como si dijera: «¡Aquí estoy yo; nada tema! ¡Se hará justicia!» Con frecuencia habían discutido juntos aquel misterioso asunto, y coincidían en la idea fija de que el crimen debía ser castigado, la sociedad vindicada y el castigo ejemplar.

Seguían después, separados por el doctor Buthier, dos labradores: Mouchebise, de Longvilliers, alto, rubio, tímido, y Glary, de Argenteuil, ancho de espaldas, moreno, de rostro enjuto y partido por un bigote recio, que vendaba ya sus facultades por temor de perder algún detalle útil. Agitóse un instante para buscar la actitud más cómoda: cuando la hubo encontrado, no volvió á moverse, y permaneció con el rostro cerrado como un cofre de triple cerradura.

El doctor Buthier, que estaba sentado entre los dos, no ejercía, desde hacía dos ó tres años, sino á ruegos de algunos clientes fieles. Había sido muy buen médico: su mirada viva, bajo espesas cejas, leía en los cuerpos y en las almas, á riesgo de equivocarse á menudo. Enemigo de los sistemas, era de esos espíritus libres cuya opinión no se fija de antemano, cuyo juicio conserva su independencia.

El coronel Ollomont, último de la fila al lado del suplente, era un militar del antiguo régimen, batallador, imperioso, impulsivo. Su rostro enérgico, atezado,

provisto de bigote y perilla blancos, y nariz afilada, no respiraba indulgencia. Solía decir que, para ver bien, había que mirar con rectitud hacia delante, y nada odiaba tanto como las tergiversaciones de los que alambicaban y daban vueltas á las cosas. Brevemente hubiera recusado, sin el consejo de uno de sus colegas versalleses:

—No, no, es un excelente jurado; le he visto obrar; no se hallaría otro mejor.

En la otra fila, se divisaba en primer lugar un rostro ingrato, de pocos alcances; testarudo, de barba escasa y dientes carcomidos. Era el del Sr. Mijoux, un rentista que, después de haber reunido una modesta fortuna en el pequeño comercio parisiense se había retirado á Viroflay, donde cultivaba cuidadosamente un huerto minúsculo. Nutría su espíritu con la lectura de las gacetas y folletos judiciales; así es que el temor de ver escalada y saqueada su casita envenenaba su existencia, y hasta se había trocado en idea fija desde que le habían robado unos conejos. Era bajo de estatura, flaco, enclenque.

Huesoso y alto, su vecino Kloesterli, oriundo de Alsacia, habitaba Pontoise: acostumbrado por su oficio de relojero á la inmovilidad aplicada y paciente, se instaló sobre su silla como en su obrador, algo inclinado hacia delante y con la cabeza torcida sobre el hombro derecho; sus labios se movían como si se hablase á sí mismo, y parecía perseguir algún sueño interior sin ocuparse en lo que pasaba en torno suyo.

Los puestos siguientes estaban ocupados por el Sr. Souzier, notario retirado, y por el Sr. Conthey, papelero, ambos domiciliados en Montfort-l'Amaury. Con su aire de santurrón, sus mejillas sonrosadas, su casquete de seda y sus gafas redondas, el Sr. Souzier parecía un guardia de museo ó un bibliotecario de provincia, oliendo á polvo de papeles viejos. Hacía dos años que había traspasado su notaría á su yerno, con quien ya no se entendía, de modo que se aburría mortalmente. Obligado á ocupar como podía sus tristes ocios, se había apasionado por la cuestión Lermantes, al extremo de enviar á Chaussy, en cartas anónimas, argumentos que había tenido la satisfacción de encontrar otra vez bajo la brillante firma del libelista. ¡Qué de veces había discutido con Conthey, en cuya casa compraba sus periódicos y que no le cedía! ¡Y ahora la casualidad les colocaba uno al lado del otro, para juzgar aquella causa que los dividía! Habían aceptado el llamamiento movidos por sentimientos muy diferentes: Souzier con gusto, como una diversión inesperada en medio de sus interminables días de aburrimiento; Conthey á disgusto, lamentando el tiempo perdido; porque era laborioso, y se consagraba á su negocio, con el espíritu continuamente tendido hacia la ganancia diaria con la cual mantenía á sus cuatro hijos. Muy honrados, se prometían olvidar todo lo que creían saber del crimen, á fin de juzgar con tanta imparcialidad como si no les hubiese proporcionado tanta materia de conversación.

—A lo menos, dijo Souzier, sabremos á qué atehernos.

—Pero yo habré perdido tres días, suspiró Conthey.

Los dos primeros puestos antes del segundo suplente estaban ocupados por los Sres. Durnant y Pillón. El primero, exsenador, y después miembro del consejo general (Diputación Provincial) de Sena y Oise, pasaba la mayor parte del año en su bella quinta de Marly; el segundo habitaba Poissy y explotaba sus bienes. Sin haberse encontrado nunca, tenían amigos comunes y no tardaron en trabar conocimiento. Representaban á esa parte de la clase media que se ha enriquecido de tres generaciones á esta parte, ve disminuir de año en año su prestigio bajo el desenvolvimiento de las capas nuevas, se inquieta á cada sacudida social algo fuerte, para tranquilizarse luego persuadiéndose de que, en lo porvenir como en lo pasado, el equilibrio del mundo acabará por restablecerse en provecho de ella. Instruidos, ilustrados, cultos, inteligentes, juzgaban á personas y cosas con frivola indolencia. El trato con los hombres les había enseñado, juntamente con la desconfianza, un escepticismo algo desdeñoso. Al sentarse, sostuvieron un rápido diálogo, que abrió Durmant:

—¿Ha conocido usted á Lermantes?

—No, ¿y usted?

—Le encontré una vez.

—¿Qué le pareció?

—Simpático. ¡Se equivoca uno tantas veces!

Anunciaron al tribunal, y todo el mundo se levantó.

## II

Los protagonistas de la acción judicial estaban á la altura del drama.

El presidente, Sr. Motiers de Fraisse, pasaba, con razón, por uno de los magistrados más eminentes del tribunal de apelación de París. Muy decorativo con

su elevada estatura, su ancho pecho, su larga barba de un rubio vivo; estriada de hebras de plata, su cabellera apenas un poco más descolorida, que él sacudía como una clin, poseía en alto grado las cualidades esenciales de sus funciones: autoridad, percepción clara, lógica, sangre fría, oportunidad. Su voz, de un hermoso timbre metálico, daba prestigio á la precisión de su palabra. La tranquilidad de sus ademanes indicaba un hombre dueño y seguro de sí mismo. Cuando, al entrar, levantaba su birrete para contestar al saludo del jurado, al que con un gesto pacificador invitaba luego á sentarse, daba la impresión de una fuerza tan imponente como tranquila. Había presidido varias causas difíciles con un tacto advertido, hábil en reprimir los ardores de los abogados demasiado fogosos, en evitar los medios de casación, en sacar de los testigos todo lo que podían dar de sí. Procuraba, con la mayor sinceridad, ser imparcial; pero su carácter, sus orígenes, sus costumbres de espíritu, le estorbaban un poco en ese esfuerzo. Nacido de una antigua familia de togados, detestaba la tendencia moderna á declarar inocentes á los acusados, ó, á lo menos, á buscar en teorías abstractas motivos para atenuar sus crímenes ó limitar su responsabilidad. Severo consigo mismo como con los demás, recelaba de los adeptos de la moral de manga ancha, que no podían dar con un juez más implacable en invocar contra ellos su pasado turbio, sus antecedentes sospechosos. Frecuentes contiendas con criminales astutos, cuyos artificios había puesto á descubierto; el instinto de cazador que impulsa á todo hombre lanzado, con razón ó sin ella, contra uno de sus semejantes á acorralarlo; el sentimiento profesional que recuerda á los magistrados que juzgar, es más bien condenar que absolver; la idea arraigada en la conciencia práctica de todo el que se halla investido de un poder represivo, de que un crimen impune constituye una ofensa á la justicia y un fracaso personal; la persuasión de que un acusado no comparece ante la audiencia sino después de haber pasado por los trámites que le separaban de ella, sino cuando existen contra él pruebas decisivas: todo eso eran elementos que creaban en su espíritu un prejuicio hostil ó desfavorable. Llegaba á Versailles con una idea preconcebida, tan tenaz como involuntaria: sin conducirlo á una certeza moral, su estudio del expediente le inclinaba á la hipótesis de la culpabilidad; Lermantes, á quien visitara según las formas, le había impresionado desfavorablemente, sin poder razonar aquel sentimiento, sobre todo quizá porque sabía era procedente de esa clase maleante en que la gente se enriquece bolineando entre lo lícito y lo ilícito, en que se entregan confusamente á los negocios y á los placeres y gozan de la vida sin escrúpulos intempestivos; de modo que el misterio de la causa, que no se encontraba en el hecho innegable, sino en el alma misma de Lermantes, le parecía de atemano casi aclarado. Si aun subsistían algunas tinieblas, él no dudaba que las disiparían los debates.

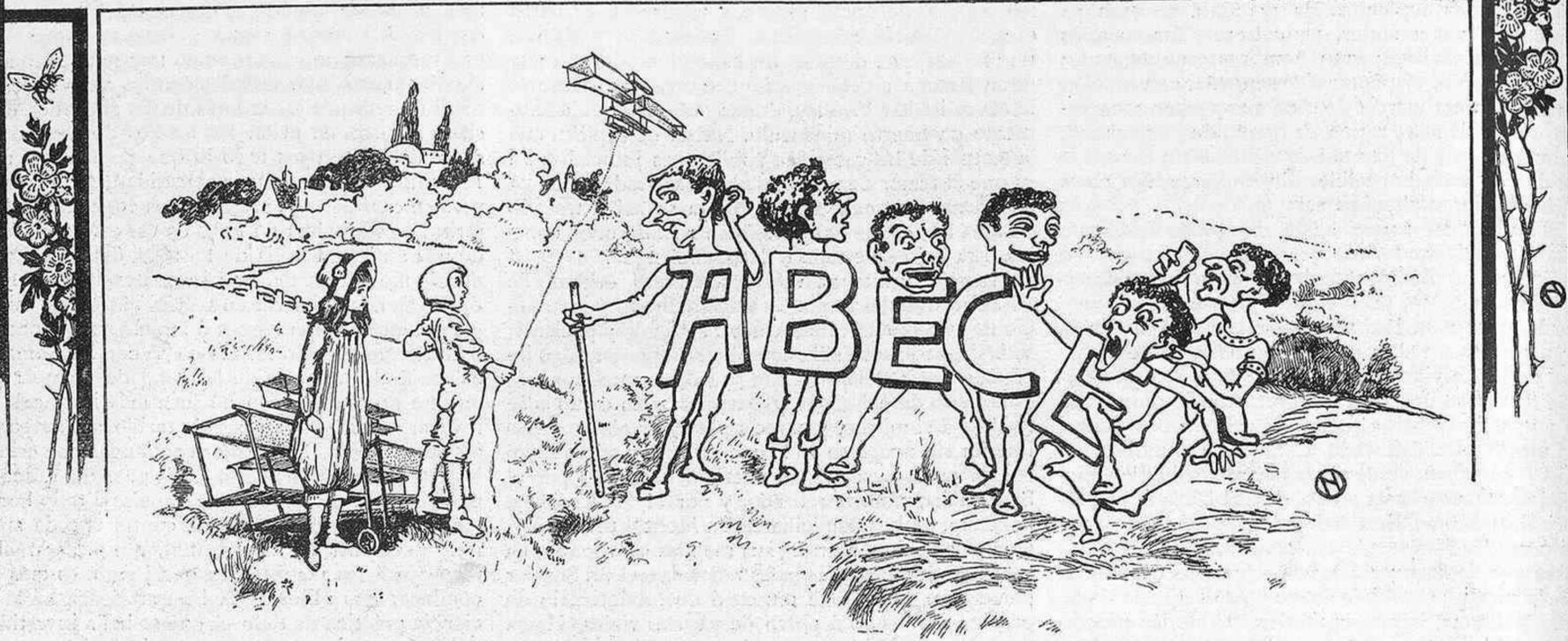
El Sr. Motiers de Fraisse tenía por asesores á los jueces Nudrit y Perrón. El primero, ya viejo, tenía, bajo su birrete negro que conservaba durante las audiencias por consideración á su cráneo pelado, la figura clásica de los magistrados de comedia: barba afeitada, patillas puntiagudas, labios delgados y burlescos, ojos pequeños, plegados y maliciosos; y sus pies deformados por la gota hacían su marcha claudicante y burlesca. Aquel aspecto de fauno ocultaba mucha perspicacia experta y mucha habilidad; nada se le escapaba al Sr. Nudrit. Mucho más joven, elegante, mundano, reservado sin duda á más brillantes destinos, el Sr. Perrón, con su hermosa barba rubia al estilo de Enrique III, su monóculo y sus ademanes desenvueltos, quizá no era magistrado sino en espera de algo mejor, como altas funciones administrativas, un puesto de diputado ó una senaduría que abriría ricas perspectivas á su ambición. El Sr. Nudrit vivía desde hacía mucho tiempo en Versailles, donde acababa tranquilamente su carrera, con su mujer, buena y fiel, con sus libros preferidos, que no eran ninguna novedad, y con sus tres gatos que reinaban en la casa. El Sr. Perrón empezaba allí la suya. Como era soltero, pasaba la mayor parte de las veladas en París, en sociedad. A causa de la mucha duración probable de las audiencias, el proceso Lermantes iba seguramente á impedirle asistir á algunas comidas; en cambio, le había proporcionado la ocasión de hacer una infinidad de favores: muchas de las mujeres guapas de la tribuna le debían el puesto.

Al revés del presidente, el abogado general que representaba al ministerio público, M. Rutor, pertenecía á las nuevas capas sociales. Sin fortuna, hijo de un empleado subalterno del ministerio de la Justicia, se había casado muy joven con la hija de un médico de barrio, dotada pobremente.

(Se continuará.)

# AVENTURAS Y VIAJES MARAVILLOSOS E INSTRUCTIVOS DE JUANITO Y JUANITA

Novelita para la infancia, Original de Noguerras Oller



Al Excmo. Sr. D. Pedro G. Maristany, diputado á Cortes y exdelegado regio de Instrucción Pública

## I

### MI CONOCIMIENTO CON LOS PROTAGONISTAS

Yo vivo en el campo. En una bella casita campesina con un jardín al sol, donde crecen rosas y claveles y cantan pajarillos en libertad, sin jaula ni persona que los maltrate.

Entre el alero de mi casa y los contados árboles de mi huerto-jardín se hospedan cinco ó seis familias de gorriones y un eximio ruiñeñor que me encanta con sus conciertos.

Vivo bien con ellos... Cuando la casualidad me coloca á cuatro ó cinco metros, hacen el distraído; cuando á tres, mueven graciosamente la cola, fijando en mí las inquietas pupilas de sus ojos abiertos de par en par; y cuando sólo un metro me separa de ellos, no huyen tampoco, se apartan con el mayor respeto y el hombre prosigue su camino.

Esto no quiere decir que con todo y el tratado de paz que sin documento alguno respetamos ellos y yo, no ataquen más de una vez alguna de mis islas aéreas, como son las copas de mis exquisitos árboles frutales.

Piraterías son esas de tan escasa importancia, que no dan lugar á una ruptura de relaciones.

En aras de la verdad me hallo en el sensible deber de rectificar lo anteriormente escrito.

Ha transcurrido una semana, y con sólo siete días, mis posesiones arbóreas están sitiadas y poco menos que destruidas, picoteadas, desoladas...

Una espantosa invasión pajaril acaba con mi paciencia y con lo que todavía es más lamentable, con la fruta...

Se impone decretar la guerra.

A guisa de bandera de combate acabo de colocar un espantajo en el lugar más visible y estratégico de mi jardín...

Le saludo militarmente y rasga el aire la trompeta de una risa infantil.

Dos cabecitas rubias asoman por la tapia que separa mi jardín del de la casa del lado.

¡Ah, por fin comprendo el motivo de que los pájaros hayan, en tan enorme cantidad, invadido mis posesiones!

Me hallo frente á frente de dos individuos de la horda salvaje que, venida de la ciudad, pone en fuga á los pacíficos y diminutos seres alados de las cercanías.

—¿De modo que ya empieza el veraneo, amigos míos?

—Zí, zeñor, zí, me contesta impasiblemente Juanito mientras que su hermana desaparece no sin descargar contra mi rostro un puñado de pétalos de rosas-te.

—Tú te llamas Juanito, ¿no es eso?  
—No, zeñor, no. Me llamo Moralez.  
—Perfectamente. Juanito Morales.  
—No, zeñor, no. Miguelín Moralez.  
—Pues mira: yo prefiero llamarte Juanito. Juanito es un nombre clásico, expofeso para un buen colegial.

—Ez que aquí no eztaoz en el colegio.  
—No importa. Vas á ver: tú te llamarás Juanito. Una risa estridente y burlona, la de la niña, parte del otro lado del muro acompañada de un segundo puñado de pétalos que estalla sobre mis mejillas.

—¡Juanita ze ríe!, clama briosamente el muchacho. ¡Ze burla de ezo que usted dice de Juanito, y no quiero!

Yo añado imperturbablemente:  
—¡Ella qué sabe! Tú serás el intrépido aviador Juanito.

—¡Zí, zeñor, zí!  
Y eso diciendo, palmorea con ruidoso entusiasmo sentándose sobre el muro.

—¡Aviador! ¡Aviador!  
—Sí; lo serás de un biplano de papel y caña que voy á regalarte al transcurrir cinco días sin que hayas perseguido á ningún pájaro...

—Ez que..., insinúa rascándose la cabeza.  
—¿No quieres mi biplano?  
—¡Zí, zí! Ez que... ¡Loz pájaroz ze comen laz manzanaz, loz melocotonez, laz uvaz, todo!

—¿Y las hormigas? ¡Anda, Juanito, corre á mirar tus frutales ahora que ya no hay pájaro que anide en ellos!

—¡El peral está lleno de hormigas!, exclama de pronto Juanita con alarmada voz.

—Tú ya ves, muchacho. Un enemigo todavía más difícil de ahuyentar ataca no solamente la fruta, sino al árbol en sí, que representa todas las cosechas... Sábelo bien, Juanito; los pájaros se comen á los insectos, á todos los parásitos que corroen los árboles, lo mismo que la carcoma los muebles.

—¿Y á loz guzanoz también ze loz comen?  
—Sí.

—¡Uf, qué comida tan azqueroza!  
—Ya comprendes, pues, que los pajarillos, después de una comida tan mala, bien se merecen una que otra fruta como á postre.

—Zí, zí; convenido: uzted me dará el biplano.  
—Quieres decir con eso que no ahuyentarás de tu jardín á los serviciales pajarillos.

—¡Zí, zí, zí, y zere aviador!  
—Y yo, señor vecino, ¿qué seré?, pregunta Juanita con gracia sin igual y asomándose de nuevo.

—Tú, le contesta Juanito sin vacilar, tú..., ¡zeráz el público!..

Juanita no está satisfecha; me da lástima y exclamo:

—El público seré yo. ¡Audaz aviadora Juanita, también tendrá usted su biplano!

No me siento con fuerzas bastantes para describir el inmenso júbilo que se apoderó de mis simpáticos vecinitos. Juanita me obsequió con el nardo más bello y oloroso de su jardín, y Juanito con un trozo de pedernal para que yo pudiese encender mis cigarrillos con singular ahorro de cerillas.

Aunque poeta, el alto sentido económico de mi amiguito acabó de amistarme con él; calcúlese, pues, el entrañable cariño que puse á Juanita después de haber aspirado seis veces consecutivas el perfume embriagador del nardo...

Convinimos en que, al día siguiente, pasarían á mi jardín para presenciar la construcción de los dos biplanos.

\*\*\*

Empleé cuatro largas sesiones, á razón de un par de horitas por día, en la construcción de los dos cometas.

Durante estos días pude convencerme de que los pájaros, repartiéndose con equidad entre los dos jardines, dejaron de ser un azote para el mío, y pude convencerme también de que tanto Juanito como Juanita no iban á la escuela con entusiasmo, porque, á la verdad, no entendían casi nada de lo que les mandaban aprender, dada la aridez y concisión de los libros de texto.

Procuré instruirles sobre ciertos conocimientos, que consideraban confusos y pesados, del modo más ameno y fantástico que me fué posible; tanto, que al día siguiente de haber soltado los dos biplanos con ruidoso éxito, sea debido á la profunda exaltación que esto les produjo, sea por la rareza de mis narraciones amenas instructivas, lo cierto es que vinieron á mí los dos y á la sombra de una acacia me contaron el siguiente sueño que transcribo con ligeras é indispensables variaciones.

## II

### EN EL PAÍS DE ORTOGRAFÍA

#### (PRIMER VIAJE EN BIPLANO)

—Sepa usted señor vecino, manifestóme muy animada Juanita, que esta noche, una vez acostados, hemos emprendido un vuelo magistral.

—Zi zeñor, zí; noz hemoz remontado á mucha altura.

—Y el *atterrisage* ha tenido efecto en Ortografía, ciudad que, según usted nos indicó es quizá el departamento más importante de los cuatro que forman el vastísimo imperio gramatical.

—Y noz hemoz convencido de que zuz habitantez no zólo pertenecen á la antigua raza de laz Letraz.

—En efecto, á mí me han hecho la más ruidosa ovación gran número de señoras que no pertenecían

al mundo de las Letras. Eran muy simpáticas, muy serviciales. Pregunté a un distinguido periodista por el nombre de tan interesantes señoras y me dijo que se llamaban..., se llamaban...

—¡Notaz Auxiliares! ¡Canazos!, ¿ya no te acuerdaz?

—¡Ah, sí! Notas Auxiliares. Los hermanos de estas señoras son también muy atentos. Llámense Signos de Puntuación y tienen unos primos terribles, terribles...

—¡Caracoles, esto se complica!, exclamo soltando la carcajada.

—¡Vaya ziz zon fieroz!, prorrumpió Juanito con exaltación. Figúrese usted que noz hallábamoz en la afueraz de la ciudad con nueztroz biplanos hablando con loz zeñorez A, B y C sobre aviación. A poco vino el señor E.

—Se colocó, interrumpe Juanita, entre los señores B y C sin que ocurriese nada de novedad. Pero, al breve rato, llega otro individuo también llamado E, y entonces fué terrible lo que pasó...

—Colocarze detrás del señor C y aparecer de zúbito como brotado del fondo de la tierra un furioso zujeto, que zujetó al recién llegado señor E, tirándole de la oreja y dándole con una especie de clava en la cabeza, fué coza de un zolo instante.

—¡Aun tiemblo!, exclama Juanita. ¡Zás, y, claro al sentirse agredida ya está la pobre letra sacando más voz que antes!.. ¡Qué sujeto más malo! Nos dijeron que era primo de los señores Signos de Puntuación.

—¡Ah, ya sé!.., digo desternillándome de risa. ¡Era el Acento, que á menudo hace estallar su furia sobre la cabeza de las vocales!

—Lo más chocante del caso, razona Juanita, es que nadie salió en defensa del agredido. C, que estaba al lado, presenció el suceso sin demostrar ningún temor, sonriendo, lo mismo que el señor B. En cuanto al señor A, y al otro E, la cosa varió muchísimo. Un terror profundo, inexplicable se apoderó de E, mientras que A, se rascó el cogote como si se hallara en peligro igual. Es raro, ¿verdad?

—¡Qué ha de ser! La vasta familia de las Consonantes nunca jamás fué blanco de las iras del furibundo Acento. Todo lo contrario sucede con la reducida estirpe de las Vocales; de aquí el terror de E y de A.

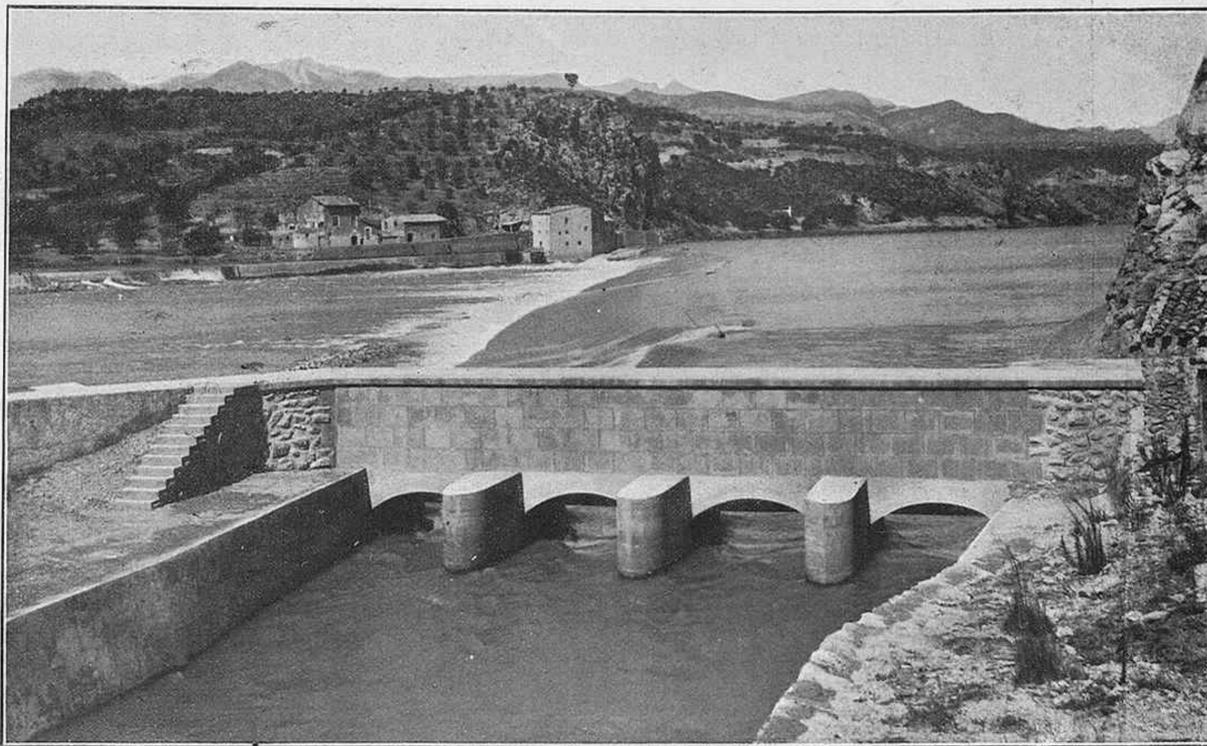
—¡Oh, zíz, zíz, mucho terror!

—Tanto terror demostraban, observó Juanita, que muy pronto nos pusimos á temblar y á correr, corre que te corre...

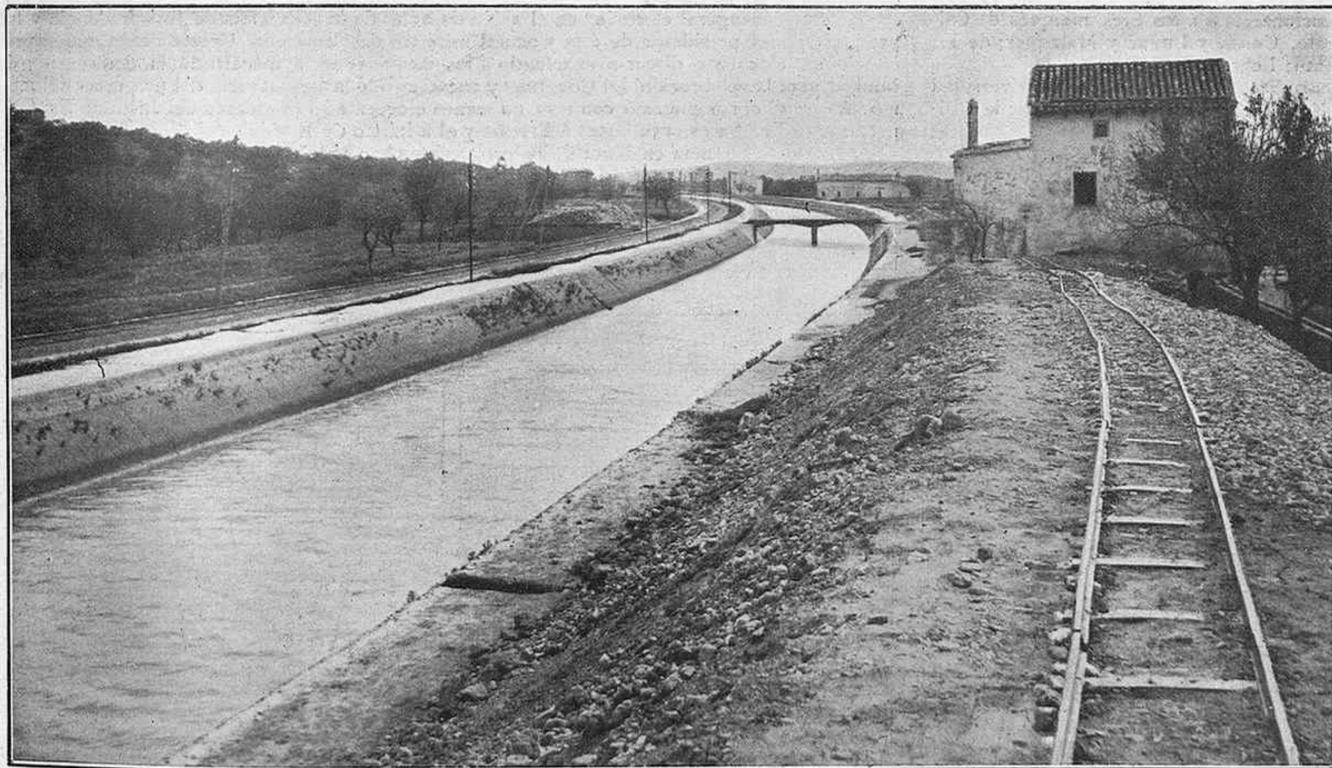
—Hasta que nueztroz aparatoz tomando vuelo se remontaron...

(Continuará.)

INAUGURACIÓN DEL CANAL DE LA IZQUIERDA DEL EBRO



Vista de la toma de aguas del canal en el Azud de Cherta



Vista de un tramo de la segunda sección del canal. (De fotografías de Borrell.)

El día 17 de marzo último se inauguró en Tortosa el primer trozo del canal de la izquierda del Ebro, con asistencia del Consejo de Administración de la Real Compañía del Ebro, constructora de la obra, de los individuos de la Comunidad de Regantes, concesionaria, de los ingenieros de la Inspección Facultativa de numerosos representantes de establecimientos bancarios de Barcelona y de otras distinguidas personalidades.

Bendecidas las obras por el párroco de Tivenys, procedióse á levantar las compuertas entrando las aguas por vez primera en el canal, entre los aplausos de los invitados y de innumerables labradores de la comarca que habían acudido á presenciar el acto.

Después celebróse un banquete en el que se pronunciaron muchos y elocuentes brindis señalando los beneficios inmensos que el canal ha de reportar y dedicando entusiastas elogios á cuantos han contribuido á la realización de tan importante obra y muy especialmente al Sr. D. Francisco de P. Romañá, verdadera alma de la empresa á quien se debe en principalísima parte que hoy sea un hecho lo que durante más de medio siglo fué aspiración ardentísima del país y que había llegado á considerarse como irrealizable.

El nuevo canal fertilizará más de 12.000 hectáreas de terrenos hoy yermos; desde el punto de vista técnico, su construcción ha sido unánimemente alabada, mereciendo grandes elogios el ingeniero de la Real Compañía D. Rafael Izquierdo.

En este canal se da el caso, quizás único en España, en obras de tal magnitud, de que su terminación se habrá efectuado dos años antes del plazo señalado en la ley de concesión.



**CITRATO EFERVESCENTE**  
**"KING"**  
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO  
SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300.000 FRASCOS ANUALES  
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO

Agente exclusivo: EDUARDO SOLA · Trafalgar 13 · Barcelona

**APIOLINA CHAPOTEAUT**



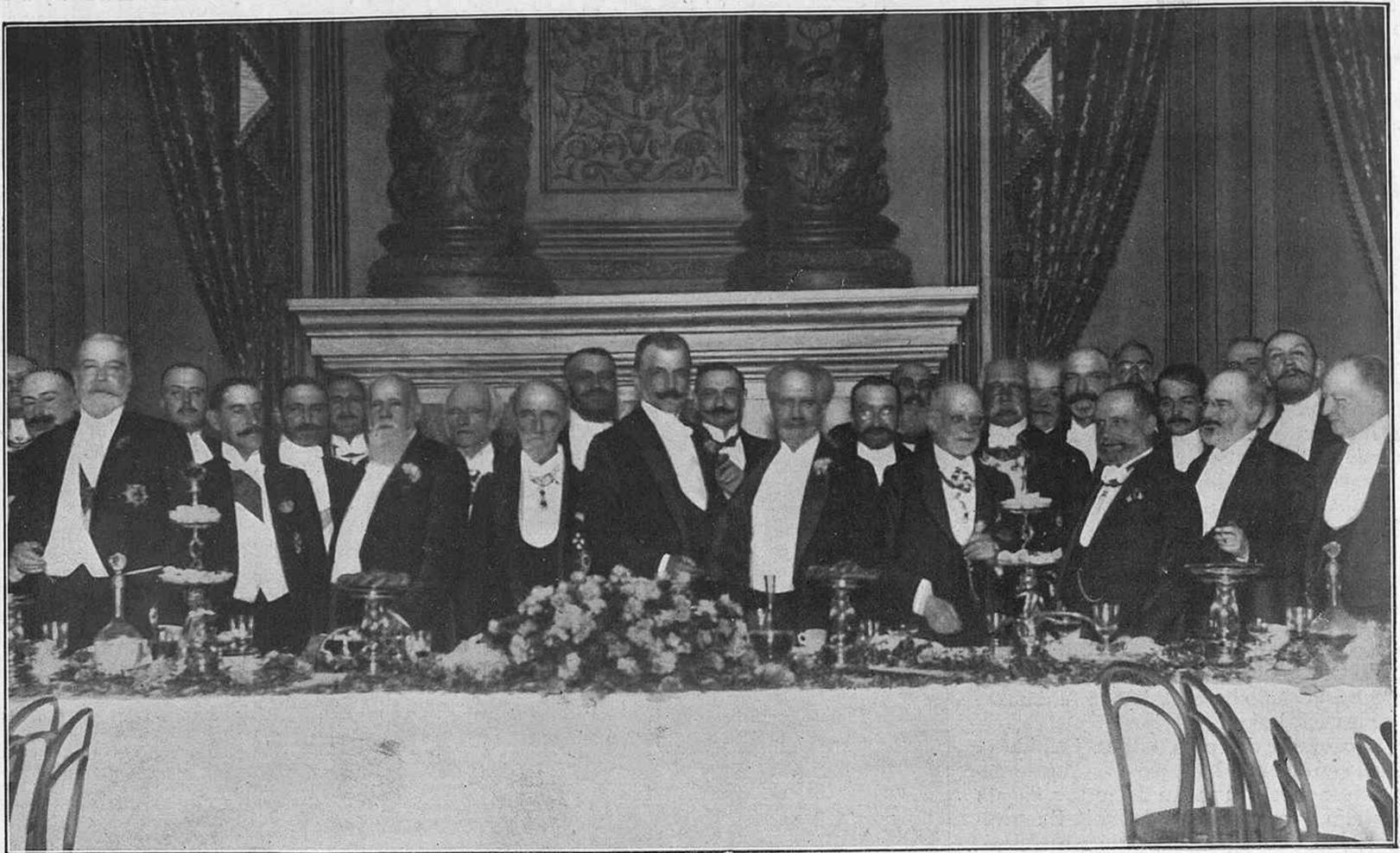
Regulariza el flujo mensual,  
corta los retrasos y  
supresiones así como  
los dolores y cólicos  
que suelen coincidir con las  
épocas.

PARIS, 8, Rue Vivienne  
y en todas farmacias.

**SALUD DE LAS SEÑORAS**

**ANEMIA DEBILIDAD** Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero. El más activo y económico. el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

## MADRID.—CONGRESO DEL INSTITUTO DE DERECHO INTERNACIONAL



Banquete dado en el Ministerio de Instrucción Pública en honor de los congresistas. (De fotografía de Salazar y Asenjo.)

Recientemente se ha celebrado en Madrid el Congreso del Instituto de Derecho Internacional, al que han concurrido eminentes sabios de todos los países y en el que se han tratado interesantes temas. De los congresistas españoles mencionaremos á los Sres. marqués de Olivart, Piña, Ródenas, Torres Campos, Labra, Azcárate, Conde y Luque y Maluquer; de los extranjeros, á los Sres. Clunet, presidente del Instituto; Lehr, consejero de la embajada de Francia en Suiza; Rolin, secretario general del Instituto; Westlake, profesor de la Universidad de Cambridge; Fiore, profesor de la Universidad de Nápoles; Hólland, catedrático de la Universidad de Oxford; Oppenheim, profesor de la Escuela de Ciencias Políticas de Londres; Errers, rector de la Universidad de Bruselas; Beirao, exministro de Justicia de Portugal; Fauchille, director de la *Revue de Droit International Public*; Lammasch, catedrático de la Universidad de Viena; Politis, profesor de la Universidad de Poitiers; y Reay, exgobernador de la India Inglesa.

Los temas tratados en las varias sesiones celebradas por el Congreso han sido: la reglamentación del uso de minas y torpedos submarinos; el conflicto en materia de derechos reales en

general; el régimen jurídico de los aerostatos en tiempo de guerra y de paz; y la reglamentación de los ríos internacionales.

La sesión inaugural efectuóse en el salón de actos de la Academia de Jurisprudencia y fué presidida por el presidente de ésta y actual ministro de Estado Sr. García Prieto, quien pronunció un elocuente discurso saludando á los congresistas, agradeciendo la designación de Madrid para la celebración del Congreso y encareciendo la importancia del programa del mismo. A este discurso contestó con otro no menos elocuente el presidente del Instituto Sr. Clunet, que dedicó frases entusiastas á España y al ministro de Estado.

Durante su estancia en Madrid, los congresistas han sido objeto de grandes obsequios. El Comité de recepción ofreció á los miembros extranjeros un espléndido almuerzo; en los ministerios de Instrucción Pública y de Estado diéronse en su honor suntuosos banquetes; el Ayuntamiento les agasajó con una recepción brillante; y S. M. el rey obsequióles con un te que, como todas las fiestas que en el palacio real se celebran, fué de una magnificencia superior á toda ponderación.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

### HISTORIA GENERAL DEL ARTE

*Arquitectura, Pintura, Escultura,  
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,  
Glíptica, Indumentaria, Tejidos*

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

NUEVA REIMPRESION

### FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER.—Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela.—Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

AVISO Á  
LAS SEÑORAS  
**EL ANIOL** DE LOS  
JORET-HOMOLLE  
CURA  
LOS DOLORES, REÍARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Fecha de 1849  
PUREZA DEL CUTIS  
— LAIT ANTÉPHELIQUE —  
LA LECHE ANTEFÉLICA  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Cura y conserva el cutis limpio y terso  
CASA CANDÈS  
B<sup>e</sup> St-Denis, 46

**PATE ÉPILATOIRE DUSSE** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE**. DUSSE, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN